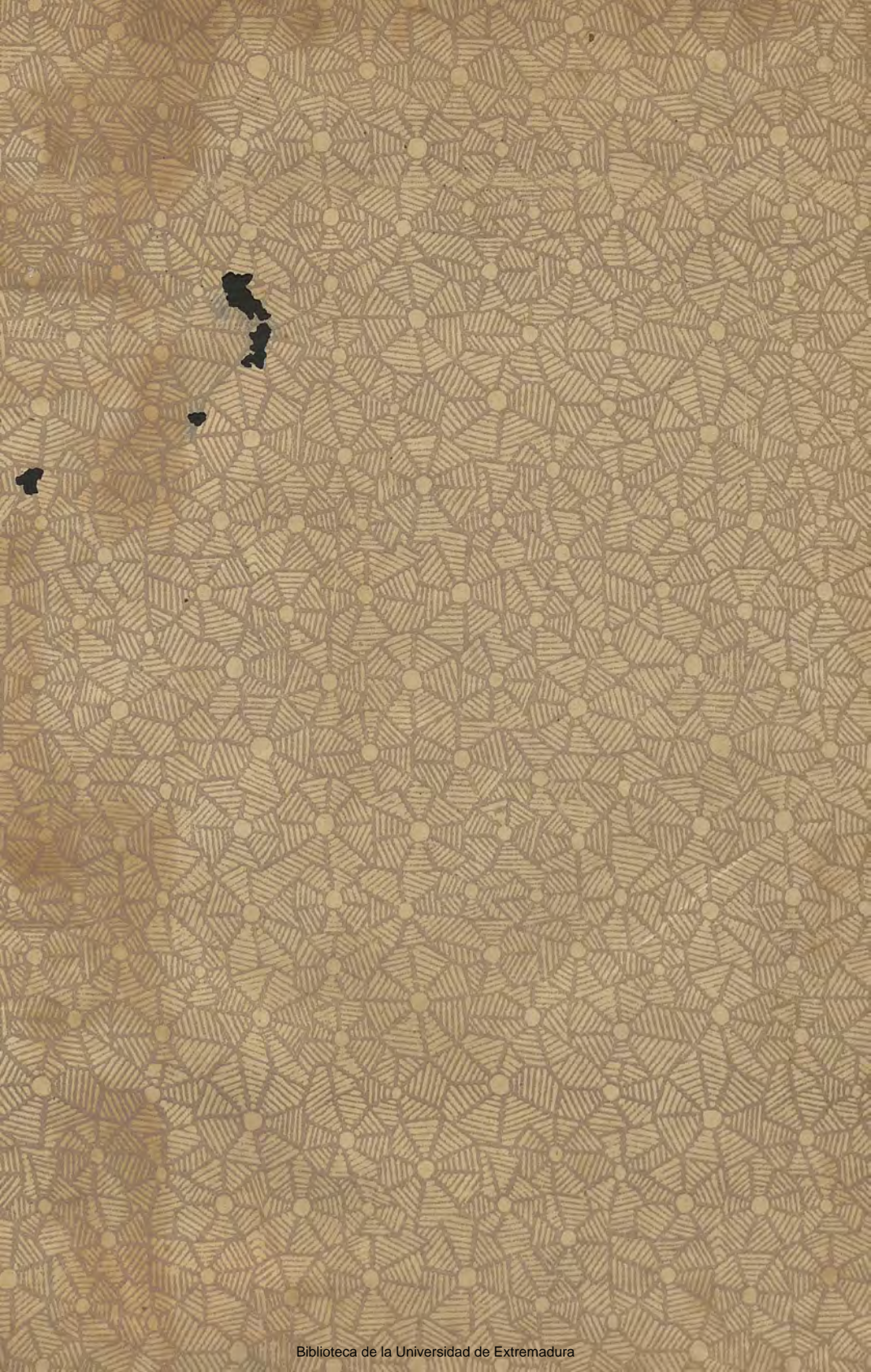
The image shows the front cover of an old book. The cover is decorated with a traditional marbled paper pattern, featuring intricate, swirling designs in shades of dark brown, black, and reddish-orange. A vertical strip of plain, light-colored material, likely leather or cloth, runs down the center, serving as the spine. At the bottom center of this strip, there is a small, rectangular white paper label with black text.

UEXBICC

TS-5588

A. Santamarina
B. 183 T. 1
N.º 29





210
R14527

CEXECI

015666724
i1528945x

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



2 202000 404835

TS - 6588



Cuentos



POR



Eduarda Mansilla de Garcia



BUENOS AIRES

Imprenta de la "República" Belgrano 789.

1880

Cuentos

Por

Eduarda Mansilla de García



BUENOS AIRES

Imprenta de la "República" Belgrano 189.

1880



DUPLICADO





UNA PALABRA AL LECTOR

Tout parle en mon histoire
et même les poissons!

Diré, como el buen Lafontaine:

« Todo siente y habla en mis cuentos, hasta una inerte jaulita dorada. »

Andersen, el maestro en materia de cuentos, ha narrado magistralmente las aventuras de «Un intrépido soldado de plomó.»

Siguiendo sus huellas, he contado yo las de una Jaulita dorada.

Si lo hice bien ó mal, no me incumbe á mí decirlo; solo he intentado producir en español, lo que creo no existe aun original en ese idioma: es decir el género literario de Andersen.



¡Cuál ha sido mi objeto al componer estos cuentos?

Debo confesarlo, aun cuando la pretension parezca superior á mis fuerzas. Vivir en la memoria de los niños argentinos! Penetrar en el hogar por la puerta mágica de la fantasía, y que las madres encuentren en mis cuentos con que reemplazar esos hoy olvidados, que en mi infancia contaba yo á mi anciana abuelita. El tiempo ha ido borrando los contornos de «*La Hormigu ita, del Caballito de siete colores, de Juan sin miedo,*» que hacian las delicias de otras generaciones infantiles. Feliz yo, si mis narraciones llegasen á popularizarse, reemplazando hasta cierto punto las ya olvidadas.

Puede acaso aspirarse á mayor gloria, que á cautivar la atencion de los niños, críticos perfectos, de un gusto esquisito, seguro; haciendo olvidar sus penas fugaces, secando sus lágrimas *pronto enjugadas*, como dice Victor Hugo y despertando esa fantasía que dormita entre nubes sonrosadas, que el menor destello

luminoso aviva? No. Y por mi parte esa gloria me bastaría.

La acogida benévola que obtuvo Chinbrú, publicado en folletín, acentuó en mí la idea que desde Europa me atormentaba tiempo há, cuando mis hijitos que adoran á Andersen, devoraban ávidos las obras de la Condesa de Ségur, tan popular en Francia. Casi con envidia veía el entusiasmo con que esas inteligencias, esos corazones que eran míos, se asimilaban sentimientos é ideas que yo no les sugería; y mas de una vez traté de cautivar á mi turno con mis narraciones, al grupo infantil.

Puedo asegurar que la emocion que se pintaba en sus semblantes transparentes, sus aplausos y hasta su crítica, halagaban dulcemente mi corazón de madre y lisongeaban mi vanidad de artista.

Cada uno de mis cuentos, que no he querido denominar ni como mi amigo Mr. Laboulaye de azules, ni como la Condesa de Ségur de rosados, lleva al frente el nombre del niño á que

vá dedicado. Es la imàjen protectora que ha de servir de salvaguardia y aun de inspiracion à mi pobre ingenio.

He tratado de familiarizar à mis jóvenes lectores, por medio de apólogos sencillos, con la idea delicada y profunda, que en la naturaleza todo vive, todo siente; y que el sufrimiento no cuenta solo por la cantidad sinó por la calidad, mostrándoles que la virtud debe ser amada porque es bella. Si mi fantasia me ha estrañado, voy en grata compañía.

Reproduzco «La Pascua,» y dos de mis cuentos, accediendo al pedido de una distinguida dama estrangera de sumo gusto, à quien me es grato complacer.

¿Qué acogida hallará mi libro? Mi intencion es buena; tengo fé en esa pléyade entusiasta, generosa, que vá à leerme. Ella me ha inspirado, en ella fio.....

20 de Enero de 1881.

E. M: DE G.



La Saulita Dorada

CUENTO

A
GUILLERMITA Y CONSUELO

Habia una vez cierta Saulita dorada, que desde el día en que salió de la fábrica que le dió forma, se lo pasaba descontenta, fastidiada y triste!


En vano la picarilla se sabía bonita y coquetamente adornada con graciosas campanitas rojas como la flor del granado, que realzaban á las mil maravillas su caprichosa estructura de pagoda chinesca.

«¿De que me sirven estas galas, decía. «El tener un enrejadito brillante, lujoso, un pisito reluciente, giratorio, que cede á la menor presión, anillos varios que se ajitan, barritas tras-




versales, preciosas tacitas encerradas en misteriosos retretes; si nadie, nadie ocupa esos anillos, ajita mis campanitas ni viene á beber en mis tacitas.» «Suerte cruel es la mia!» esclamaba la jaulita en sus reconditos adentros.

« Me muero de ganas de salir de este recinto enojoso, y sobre todo de vivir en compañía. » Que tal no llamaba la descontentadiza, al gran número de desconocidos é indiferentes, que iban y venían en el almacén de la calle de la Victoria, dónde pasaba sus días sobre un vasto y surtido mostrador. Nadie parecía fijar siquiera los ojos en la coqueta y diminuta pagoda, ornada de campanitas que el menor movimiento hacía resonar. Pero como nadie las tocaba, las campanitas no sonaban. Pasaban los días unos tras otros siempre iguales y enojosos. Ya habían desaparecido ánforas varias ornadas con flores de vistoso relieve, aceiteras plateadas, bandejas de brillante laca con graciosos mandarines chinoscos, árboles fantásticos y dragones misteriosos; jarritas adiamantadas, dónde el



iris retrataba sus colores, saleros relucientes y cristalinos; todos hallaban compradores, salvo la jaulita dorada. La mas profunda melancolia abrumaba a la pobre jaulita. Cierto es que en el almacen habia un muchacho de unos doce años, que miraba continuamente la preciosa pagoda con gran admiracion y vehemente deseo de llamarla suya. Pero aquella maravilla valia doscientos pesos, y Camilo, que era muy pobre, se contentaba con pasárle el plumero delicadamente, admirarla en secreto y devorar con ávidas miradas el portento.

La jaulita, á decir vérdad, leía en el pensamiento del pobre Camilo, que, tal es el don de todas las jaulitas doradas; pero es fuerza confesarlo, no simpatizaba con su admirador. Camilo era cojo, feo, ligeramente jorobado, y su traje raido cubierto de aparentes manchas y espesa capa de polvo, no contribuía á embellecer su natural fealdad. Además, el ideal de la jaulita, que las jaulitas también tienen ideal, era un ser brillante, ágil, alegre, inquieto, como quien diría un canario saltarín y bullicioso.




No puedo sin embargo dejar de reconocer que la compañía de Camilo, era de vez en cuando un gran consuelo para la descontenta jaulita; sobre todo cuando al acercarse la noche, las sombras se alargaban en el oscuro almacén, escaseaban los marchantes y se volvían más negras y ceñudas una multitud de pesadas planchas de hierro, que permanecían siempre inmóviles frente á la jaulita, en compañía de un feísimo brasero, irritante por la severidad de su corte.

No hay plazo que no llegue; y para la jaulita cautiva, llegó el tan deseado día de la libertad.

Cierta tarde entró en el almacén una dama, conduciendo por la mano á una preciosa chiquilla. Y poco después oyó la impaciente jaulita estas palabras mágicas. « Tiene Vd. una jaulita muy bonita para un canario cantor ? »

Aquella voz infantil, aquella pregunta y sobre todo el canario cantor, hubieron de trastornar la cabeza de la jaulita. ¡ Fué un encantamiento ! Se acercó una manecita blanca, una cabecita



rubia y un *que linda!* delicioso, hizo vibrar de dicha todos los alambritos de la dorada pagoda. Resonaron las campanitas, una fuerza misteriosa arrancó á la cautiva del odiado, prosáico mostrador y la terrible puerta quedó salvada.


¡Pobre Camilo, habia perdido para siempre la esperanza! El último *tilin* de las campanitas rojas resonó lúgubrementemente en su corazón!

La ingrata nada vió! Era dichosa!

Rodaba rápidamente el coche que conducía á la aventurera jaulita; el *tilin* de las rojas campanitas enloquecía á la coqueta, que se sentía bella, admirada, pues no cesaba una boquita risueña de repetir « Abuelita que mona es mi jaulita, que monona!»

La imaginación de la venturosa pagoda estaba exaltada en sumo grado. «Voy á verlo, decía. Voy á recibirlo!» Y el tiempo se le hacía largo, muy largo; que aquella jaulita dorada era algo impaciente.

Llegaron por fin á una vasta y lujosa mansion. Un caballero, que le pareció á la bella pa-



godà, muy distinguido à pesar de no ser sinó un sirviente, la condujo delicadamente hasta un espléndido salon lleno de flores, y allí sobre una mesa cubierta con afelpado tapiz, depositó la preciosa adquisicion. Aquel lujo, aquel ambiente embalsamado, fueron muy del gusto de la ambiciosa jaulita.


«Que traigan el canario» dijo con acento petulante la niña mimada; y con sus manecitas gorditas, ligeramente torpes, trató de abrir la puerta de la pagoda. Un «que dura!» impaciente escapó de la boquita sonrosada y cierto movimiento de descontento turbó la dicha de la coqueta jaulita; pero fué nube pasajera que no hizo si no dejar mas brillante el cielo de su alma, asi que apareció el tan anhelado objeto. Qué momento! Una mano inhabil, ruda, tomándolo bruscamente de la modesta prision de cañitas que encerraba al gracioso pajarillo, lo lanzó torpemente en la brillante pagoda. El alado huésped, chocó el delicado cuerpecito contra las doradas paredes y un grito de dolor se escapó de aquella garganta melodio-



sa—varias plumitas volaron en leves capullos. ¡Oh dolor cruel, tanto mas duro cuanto su manifestacion es ménos posible! La jaulita sufría horribilmente. «Amor mio, decia, tú el deseo de mi vida, llegas á mí que te esperaba ansiosa, y mi triste suerte hace que sufras y gimas por mi causa!» Ah! porque son duras mis paredes!» «Porque no me asemejo á las flores aterciopeladas que están en ese precioso vaso! A ser como ellas, te hubiera recibido blandamente entre mis pétalos perfumados. Pero qué quieres canarito mio, yo no puedo ofrecerte sino mis dorados é inértes hilos!»


Mas, que pasa?

El canario ya no siente el golpe; salta alegre, é inquieto, de arqnito en arquito; sus ojos vivarachos todo lo miran, su pico de marfil golpea coquetamente las móviles barritas y un trino prolongado, cristalino se escapa de su garganta. El gozo inunda el corazon de la jaulita que al fin conoce la felicidad!



Pasan los días, días de ventura y de dulce paz. El canario se acostumbra á su jaulita, salta, brinca, come, desparrama pródigo el alpiste, frota el agudo pico contra las doradas barritas, baña su cuerpo delicado en los misteriosos retretes y desde que asoma el día canta y trina alegremente! Cómo dar idea cabal de tanta dicha!!


La jaulita no conocía la vida. Creía que bastaba ser feliz hoy, para serlo mañana y pasado y siempre. . . . No se preocupaba con amargas dudas. Amaba á su canario, se sentía amada y además tenía la dicha inapreciable de poseer otro amigo desinteresado y fiel, que desde lejos la contemplaba con ternura suma. Era éste un magnífico perro de porcelana de Delph, que servía de florero y se hallaba colocado sobre una chimenea, frente á la puerta, donde la jaulita se balanceaba noche y día merced á un grueso alambre. Tenía aquel perro dos ojos redondos, negros, espresivos, llenos de cariño, que estaban siempre fijos en la pagoda. Crecía día por día la simpatía y á veces se imaginaba



la jaulita fuera su dicha ménos completa, si aquel amigo le faltara.

Una tarde cuando ya el sol caía y la luz se apocaba en el lujoso salon, ornado con pesados cortinadós, vió la bella pagoda saltar con pasmosa agilidad sobre la chimenea, en la cual permanecía inmóvil, y confiado el fiel amigo, un animal de blanco y espeso pelaje con movimientos ondulantes y encendidos ojos, que con maligna sagacidad y erguida cola, se paseaba sin ruido entre los múltiples adornos que ostentaba la chimenea. Sintió la jaulita vago terror! Las sombras opacas de la noche entrada, envolvieron con su manto de misterio los objetos, confundiendo las formas. De repente resonó un golpe récio, agrío; algo como el crugir de cosa que se troncha. El dormido canarito despertó pavoroso y sacando su diminuta cabeza oculta bajo del ala, se estrechó palpitante contra las paredes de su jaulita.

Cuando un rayo del sol naciente puso de nuevo en relieve los objetos, la desdichada jaulita vió con profundo dolor, que su amigo de




la chimenea había desaparecido. Un suspiro ahogado se escapó de su pecho de jaulita dorada. Horror! Poco despues entran en la habitacion varias personas y entre ellas la preciosa dueña del canario. «Mira Mamà, pronuncia con voz temblorosa y dolorida la rubiecita. «Sin duda el pícaro gato me ha roto mi perro de porcelana.» Y tomando del suelo un objeto, lo enseñaba à la que llamó Mamà.

Instante cruel! La jaulitá reconoció en aquel trozo informe, dos ojos negros, espresivos y un pedacito de oreja. «El dolor existe» dijo la sensible pagoda y cruel presentimiento oprimió su corazon. El canario inconciente trinaba alegre y despreocupado. La voz canora del objeto amado volvió la paz à la bella jaulita

La noche es hora de misterio y à veces de pena. Las jaulitas doradas no duermen nunca y piensan siempre.

Dormia dulcemente el amarillo è inocente huésped, cobijado por aquella amiga fiel que le prestaba cariñosa hospitalidad, cuando un



sér maligno de esos que creó la naturaleza, para contrastar con las flores, los pájaros y los niños. dando un brinco ágil y mañoso, trepó hasta la esbelta pagoda. Las campanitas se agitaron. Fué el toque de a rebato que anuncia peligro de muerte. Momento de horror! Aceradas uñas oprimen las delicadas paredes; agítase convulsa la brillante pagoda sacudida por el peso del gigante monstruo.

Mortal angustia! Con redondos, refulgentes ojos de mirar felino y hambriento, el gato fascina al tímido canario, que con corazón palpitante y angustiado se apelotona y achica cuanto le es dado. La monstruosa asesina garra, destroza de un manotón el cuerpecito delicado, tiñendo en sangre las satinadas plumas. Oyese un quejido doliente, ahogado y afanoso crugir de afilados dientes, seguido de mortal silencio. Horrible! . . . La atroz carnicería está consumada! Qué queda ya del cantor alado? Unas gotas rojas y plumas magulladas, con despojos encarnados!




Pobre jaulita que no puede llorar!

Cuando à la mañana siguiente vinieron à poner en orden el suntuoso salon, llegó graciosa y afanada la dueña del canario como de costumbre, à saludar à su favorito con un fresco cogollo de lechuga. Desolacion! «Dónde està mi pajarito?» Agudo grito de espanto se escapa del pecho de la niña jujetona «El gato!» esclama con acento doliente y el llanto anuda su voz. «Ah tu puedes llorar» piensa para sí la desdichada jaulita! «Cuan feliz eres!

«Que se lleven esa jaula» dice una voz airada, e invisible mano mueve à la desdichada jaulita, arrastrándola quien sabe à donde. . . .

Hay en las casas ciertos sitios misteriosos, apartados, recónditos, que nunca visita el sol ni los niños; dónde las arañas tejen sus redes prisioneras, sin que nada turbe su incesante tarea.

En esos sitios silenciosos, lóbregos, es donde van amontonándose esa serie de objetos



vários, heterógeneos, que el tiempo ó el capri-
cho tornan disgustosos é inservibles. Allí pu-
sieron ó mejor dicho arrojaron con desden,
à la pobre jaulita, sobre un baul añejo y pol-
voroso. Nadie pensó en remover con mano
piadosa unas plumitas amarillas salpicadas de
sangre, unas pobres patitas yertas y un piquito
amarillento que yacian confundidas en el fon-
do de la jaulita.


Qué doloroso martirio incesante!

Qué recuerdos crueles!

De cuando en cuando el monstruo felino ron-
dando por el misterioso aposento llega hasta
la desierta jaulita, y con chispeantes ojos, sa-
liente y aguda garra, husmea ávido los despo-
jos de su víctima!

La idea de la muerte no ocurre nunca á
las jaulitas doradas; pero como sienten viva-
mente sus penas, la pobrecita se lo pasaba
muy apesadumbrada.

Corría el tiempo, que nunca se detiene ni
por glorias ni por penas y nada nuevo ocurría.




Secáronse las patitas del canario, las plumas reducidas a polvo se volaron; pero el dolor de la jaulita solitaria, en vez de disminuir aumentaba. Se fastidiaba!... Nadie venia!... Solo las arañas afanadas, las moscas regañonas y los inquietos ratones, que le eran tan antipáticos, rompian la monotonía de una existencia triste y solitaria.

Oh sorpresa! Un rayo de luz viene a alegrar el lóbrego recinto.

«Tómala, si quieres,» dice una voz alegre y dos personas penetran en el oscuro caramanchel.

La jaulita reconoce luego en una de ellas a su antiguo camarada, el jorobadito Camilo del almacén de la calle de la Victoria, y algo que se asemeja al contento penetra en todo su sér. Aquellos días entonces pálidos, descoloridos, hoy la parecen días felices; y si una jaulita dorada pudiera tener remordimientos, los hubiera sentido la pagoda chinesca de campanitas rojas como la flor del granado.



« Yo me la llevaré, si es que la señora me la da, «dijo el buen Camilo; y aseguró que los gatos no han de llegar a tocarla. En mi casa no hay gatos traidores, los pobres sabemos cuidar nuestros tesoros. »

Sintió dulce emocion la bella jaulita, y cuando la luz franca del sol hizo brillar sus dorados alambres se estremeció de dicha.

Bajaron la escalera en pocos pasos; las campanitas hacían oír grato *tílin* y á breve andar llegaron a una modesta y pequeña estancia, que fué del gusto de la jaulita. En un abrir y cerrar de ojos, quedó limpia, brillante y sin asomo de la pasada tragedia. Un jilguerillo travieso y jugueton, reemplazó en ese mismo momento al malogrado canario, con gran satisfaccion de la sensible jaulita. Es fama que el jilguerillo alcanzó largos dias y que la bella pagoda de campanitas rojas como la flor del granado, despues de no interrumpida felicidad con su travieso huésped, albergó á una parlera cotorrita, con la cual no tuvo nunca ni un si ni un nó.....

Buenos Aires, Octubre 22 de 1879.






NIKA

A EDDIE Y CHARLEY

Puisque vous êtes beau,
vous êtes bon sans doute.

ALFRED DE VIGNY

El amor maternal, que es cosa grande, cabe sin embargo en el diminuto corazón de una lauchita. Y en prueba de ello, basta ver cuanto ama la cariñosa Lila á sus hijuelas Nika y Suca. Cuidados asiduos, vigilante ternura, nada omite la madre amorosa para formar el carácter de las dos lauchitas. Privada del apoyo natural, del compañero, que pereció tiempo há, victima de su natural ambicioso y emprendedor, Lila suple con vigilante celo é incansable ternura la falta del padre.

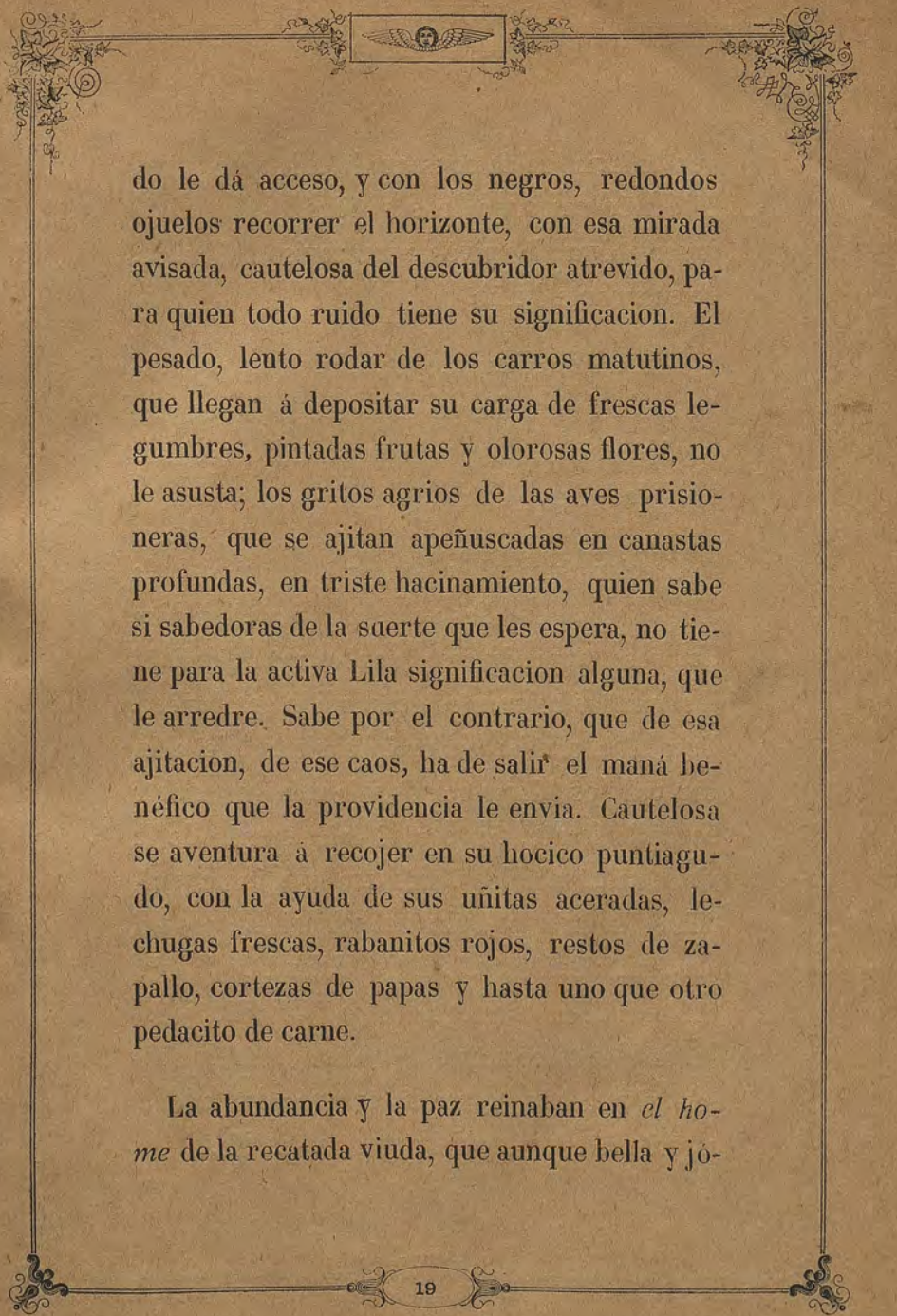


Ella vá, viene, se ajita, no descansa, sino lo menos posible, para que en su oscuro retiro nada falte á los objetos de su cariño. Hace más, exhorta las pequenuelas á la paciencia, á la laboriosidad y sobre todo á ese contentamiento intimo, que es el mas dulce gaje de los corazones sencillos; que allá en las estrechas cuevas tiene tambien sus penas, sus ajitaciones, sus placeres, la roedora gente, pues no por ser su sentir mas escaso, es menos real.

Vivia la familia ratonesca en las cercanias del mercado viejo, colocada allí por el vigilante celo del padre ausente hoy y por disposicion suprema de aquel, que no permite caiga una hoja de un árbol, sin su consentimiento.

Mercado y abundancia son sinónimos, sobre todo para quien como la activa Lila acude en hora propicia al emporio.

Cuando las estrellas palidecian en el firmamento y asomaba apenas la cenicienta luz del dia, veíase á la madre afanosa, sacar la inquieta cabecita del agujero estrecho que al merca-



do le dá acceso, y con los negros, redondos ojuelos recorrer el horizonte, con esa mirada avisada, cautelosa del descubridor atrevido, para quien todo ruido tiene su significacion. El pesado, lento rodar de los carros matutinos, que llegan á depositar su carga de frescas legumbres, pintadas frutas y olorosas flores, no le asusta; los gritos agrios de las aves prisioneras, que se ajitan apeñuscadas en canastas profundas, en triste hacinamiento, quien sabe si sabedoras de la suerte que les espera, no tiene para la activa Lila significacion alguna, que le arredre. Sabe por el contrario, que de esa ajitacion, de ese caos, ha de salir el maná benéfico que la providencia le envia. Cautelosa se aventura á recojer en su hocico puntiagudo, con la ayuda de sus uñitas aceradas, lechugas frescas, rabanitos rojos, restos de zapallo, cortezas de papas y hasta uno que otro pedacito de carne.

La abundancia y la paz reinaban en *el hombre* de la recatada viuda, que aunque bella y jó-



ven todavia, habia consagrado todo su corazon al cariño purisimo de sus hijas, desde que la muerte avara la privó de improviso del amor, de su amante dueño.

Pero la fatalidad, ley terrible que pesa sobre todo lo creado, ya sea grande ya sea pequeño, habia marcado con su sello cruel la hora de la humilde morada.

Crecian Suca y Nika ámbas á cual mas bella y despierta. En ellas veia dia por dia la madre amorosa, reproducirse con estraña fidelidad las prendas relevantes del perdido compañero. Suca tenia el mismo aterciopelado pelaje gris, con reflejos blanquecinos y la manchita negra sobre la frente, tan cara á la memoria de la viuda inconsolable. Dulce era su mirada y cariñoso su acento. Nika no habia heredado del arrogante Guitú ni el pelaje brillante ni la gracia hechicera, era negra como azabache y reservada en estremo; pero en sus ojitos relucientes, vivarachos, parecia concentrado todo el espiritu aventurero del autor de sus dias.



«No te asomes Nika» Dice la obediente Suca, «que mamá nos lo tiene prohibido.»

«Que no me asome, y porqué?» Responde la petulante Nika, diciendo y haciendo aquello que prohibido tiene tan severamente la prudente matrona.


«Que puedo temer?» Agrega con una muequilla burlona; «si ella sale todos los días y vuelve cargada de presentes admirables? Porque si yo saliera no sucederia lo mismo ó mejor?»

«Porqué? Responde gravemente la dócil Suca, «porque tu eres jóven é incauta; y como dice nuestra buena madre, inocente».

Nika no convencida replica: «Yo bien sé, que esos son caprichos de la edad—No creo una palabra de la ferocidad, de la maldad de esos mónstruos con que nos amedrenta».

«Ah Nika! cómo puedes ser tan incrédula!...

Ese ser malvado, que aun me parece oír rugir cerca de mi como en noches pasadas, es cruel y traidor!.....




¿Olvidaste sus ojos relucientes, su mirada fascinadora? ay! solo al recordarlo me siento morir de espanto! Y la tímida lauchita como herida por el rayo, temblaba de la cabeza á la cola.

«Cobardona! esclama Nika, acariciando mimosa á su hermana, con su hociquito sonrosado como boton de rosa bellosa.

«En horabuena, tengas miedo á ese animal que se arrastra sin gracia, con traídora malicia y salta luego con la velocidad del deseo. Pero á mi amiga, á mi diosa, á esa criatura bella, tan magestuosa, tú no puedes tenerle miedo, no es posible—Ven, sigueme, pon un ojito ahí, en esa abertura y dime si ese paraiso del cual nos cuenta mama tantas maravillas, no está del otro lado de la pared.

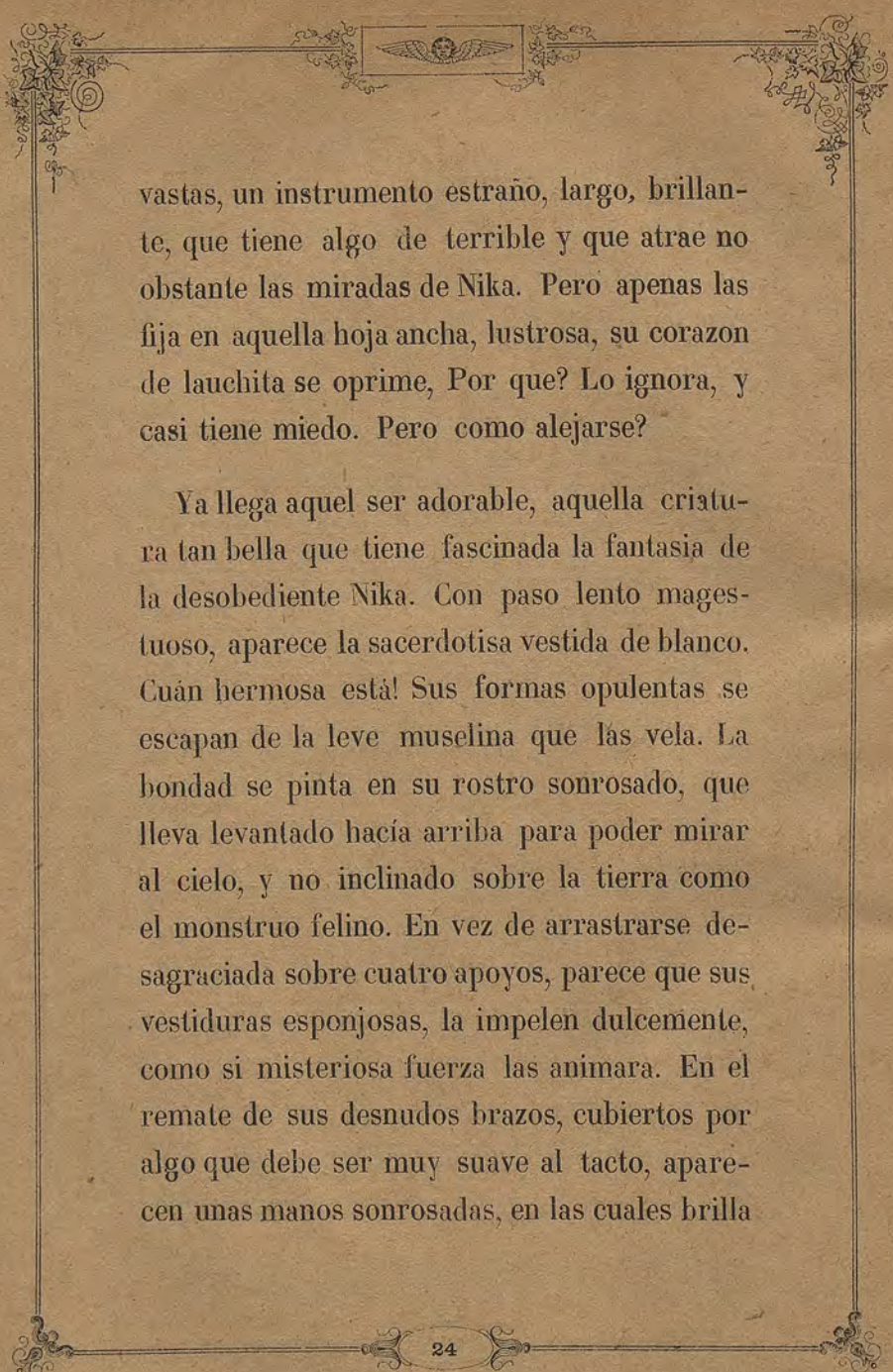
«Yo no voy, dice Suca, con voz temblorosa, «mama puede saberlo y llorará luego en silencio cuando nos cree dormidas, sus lágrimas me taladran el pecho.»



Vaciló Nika un momento, que en su pechito estrecho habia tambien mucho amor filial; pero la tentacion era poderosa y aquel cuerpecito tenia sangre del aventurero y petulante Guitu.


En tanto la obediente, hacendosa Suca corre á poner en orden los modestos enseres del estrecho covacho, Nika cediendo al vertigo irritante, que hacia lo desconocido la arrastra, aplica sus ojuelos curiosos al agujerillo en cuestion y se estasia en muda contemplacion.

Ancho, elevado templo, de paredes relucientes de una blancura deslumbrante, se ofrece á sus miradas ávidas. En un ángulo de la fantástica estancia, aparecen en simétrica regularidad, misteriosos y bruñidos vasos de formas varias, con lujosas asas los unos, con caprichos dibujos y graciosos modelados los otros. El santuario está desierto, exhala un perfume extraño, irritante, que penetra todo el ser de la curiosa lauchita. En un rincon apartado, vése sobre un mueble de proporciones



vastas, un instrumento extraño, largo, brillante, que tiene algo de terrible y que atrae no obstante las miradas de Nika. Pero apenas las fija en aquella hoja ancha, lustrosa, su corazón de lauchita se oprime, Por que? Lo ignora, y casi tiene miedo. Pero como alejarse?

Ya llega aquel ser adorable, aquella criatura tan bella que tiene fascinada la fantasía de la desobediente Nika. Con paso lento magestuoso, aparece la sacerdotisa vestida de blanco. Cuán hermosa está! Sus formas opulentas se escapan de la leve muselina que las vela. La bondad se pinta en su rostro sonrosado, que lleva levantado hacia arriba para poder mirar al cielo, y no inclinado sobre la tierra como el monstruo felino. En vez de arrastrarse desgraciada sobre cuatro apoyos, parece que sus vestiduras esponjosas, la impelen dulcemente, como si misteriosa fuerza las animara. En el remate de sus desnudos brazos, cubiertos por algo que debe ser muy suave al tacto, aparecen unas manos sonrosadas, en las cuales brilla




un macizo anillo de refulgente metal, que la auchita no se sacia de admirar y aun de invidiar.

La sacerdotisa descubre un vaso misterioso, del cual se escapa un humo sutil, y el olor delicioso se acentúa. Como se estremece de placer la sensible Nika! Hasta le parece que su apetito se despierta. Será ilusion?

Derrepente cree la curiosilla, que la bella sacerdotisa fija en ella una mirada severa. El rubor la abraza; palpita su corazon, sin poderlo remediar, huye rápida y de esa suerte no llega á sus oidos él:

«Maldita laucha» Que profiere con voz hombruna, espumando su puchero, la cocinera de la casa del lado.


Corren los dias y uno solo no pasa, sin que Nika vaya á mirar furtivamente el encantado retrete, por largas horas. Crece el encanto, ya en vez de una sola criatura bella, hay dos, hay tres. Como una flor animada, va y viene por



la vasta cocina, que mejor es llamar por su nombre, un ser mas encantador aun que la rolliza hija de Galicia ó que el mal engestado mucamo de ancha almidonada corbata blanca, siempre de humor arisco. Pero Nika nada vé, nada comprende. Su imaginacion, su corazon de lauchita, se hallan cautivados por la presencia prestigiosa de un niño inquieto, risueño, bullicioso que corre, que ríe, que charla; y cree ella tiene por su inquietud incesante, mucha semejanza con ella misma. Poder de la fantasia.


Qué no diera la ratita, por tocar con su hociquito fino aquellas mejillas aterciopeladas, aquellos cabellos rubios, como las sedosas hebras de la chala y sobre todo las manecitas blancas rechonchitas, guarnecidas de deditos varios que todo lo tocan tan diestramente.

Pensativa se lo pasa la romanesca Nika y solo presta oidos distraidos á la afectuosa charla de la buena Suca, que le habla de zanahorias frescas, doradas y rabanitos rojos para la cena.



Qué son para la lauchita soñadora, esos detalles íntimos de la vida ordinaria, qué representa para ella ese botín ópimo, obtenido con corazón palpitante y paso rápido, por la madre infatigable? El espíritu de Nika flota en pleno ideal, la sed de lo desconocido la devora. La lauchita se siente arrastrada hacia aquel niño hermoso, lo ama con esa adoración exclusiva, ciega, que es siempre el resultado del amor que parte de abajo para arriba; que amar admirando es amar dos veces.


La ingrata, halla las caricias de Suca insulsas, las desdeña con soberbia arrogancia, que al fin no son sino caricias de *laucha*, y ni siquiera confía ya a su hermana el estado de su corazón. «No me comprenderá» dice. Y ese no me comprende, que ha cerrado para siempre tantos corazones humanos, establece una valla infranqueable entre las dos lauchitas. De su madre, ni se ocupa; que los hijos lo primero que olvidan en sus nuevos afectos es la madre, hasta que llega la hora de las penas. Entonces,



acuden doloridos al materno regazo, ese albergue misterioso y seguro; estrecho si se trata de mecer hijos pequeños, ancho, si es forzoso amparar en él penas de hijos crecidos.

Amar es desear. Nika aunque lauchita, no puede ser excepcion á esa ley de la naturaleza. Su deseo se acentúa, crece y su pensamiento inquieto no tiene mas norte que aquella morada misteriosa, habitacion encantada de séres tan bellos, tan superiores á cuanto la rodea. Ay! infeliz lauchita, ya su aspiracion la ha vuelto ingrata y de sus amores de la infancia qué queda? Ni aun el recuerdo que vivifica. Su fantasia la llama á otros fines, á otra mision; se imagina ó mejor dicho, nada imagina, siente, ama, aspira!

Una noche que el sueño huia de sus ojitos fatigados, decidió Nika poner término á la agitacion cruel que la devora. Suca dormia tranquila, feliz, con esa dulce paz que es el galardón de una conciencia tranquila. La madre descansa de sus fatigas incesantes, aún está



distante el día, y su pensamiento ni en sueños descuida el cumplimiento de sus tareas maternas.

Sintió Nika un enternecimiento vago al separarse de su dormida hermana; latió con violencia su corazón de lauchita en el estrecho pecho; venciendo sin embargo su espíritu aventurero, huyó rápida hacia el agujerito conductor. La fantasía que penetra en todas partes, salva distancias inmensas, aniquilando el tiempo, devorando el espacio, no presta sin embargo á cuerpo alguno su poder mágico por pequeño que sea. Las leyes de la materia creada son inquebrantables. El agujerito pequeñito bastaba para mirar, para soñar; pero nada más. Era menester pasar aquel rubicón, antes de penetrar en el ansiado paraíso.

Felizmente las lauchitas, aun las más soñadoras y romanescas, llevan consigo todos los medios de salir de muchos aprietos. Su hocito agudo es poderoso, sus dientecitos blancos son cortantes y sus garritas, aceradas, fuertes




y resistentes. Para ellas el penetrar donde su deseo las lleva, es solo cuestion de tiempo y de constancia. Tiempo habia, constancia cómo no tenerla!

El silencio de la noche fué interrumpido por un misterioso raspar incesante, sin tregua. El *fru fru* era continuo, el cansancio no se hacia sentir, que á medida que ganaba terreno, sentia acrecentar sus fuerzas con la esperanza, la paciente minera.

Cuando el lucero refulgente, como vigilante pastor va recojiendo lentamente su grey de palidas estrellas, para dejar el cielo á la naciente luz del dia, á esa hora matinal penetró Nika en el tan deseado asilo. La madre afanosa salia por un lado en busca del sustento para sus hijuelos, y por otro desertaba la aventurera lauchita *Ai dura terra perché non ti apristi!*

Llega Nika con el corazon henchido de ilusion, de anhelante empeño al mágico aposento, y la luz que lo baña le muestra su error. No




está en el templo agosto. Pero que importa; el sitio en que ha penetrado es aun mas bello!

Las paredes se hallan cubiertas de brillantes flores y los vasos misteriosos, en vez de ser allí de reluciente metal, son cristalinos, transparentes. La luz del sol naciente refleja en cada faceta su iris refulgente. Es un encantamiento!

Curiosa, atrevida se pasea la venturosa Nika por el ancho aposento; su asombro, su contento no tienen limite. En el suelo hay como en las paredes flores de colores deslumbrantes; todo revela lujo, esplendor en la morada encantada. Hince curiosa el agudo diente en la florida masa, pero solo halla algo de lanudo é insulso que la repele: las flores de la alfombra no son sino aparentes. Es lástima! Aquel primer desengaño debió bastar para calmar la ardiente fantasia de la soñadora. Pero quien cedió jamás á las voz de la prudencia...

Hombre ó laucha la desdeña dia y noche.


Además, como aquella lauchita estaba léjos de ser perfecta, y que su temperamento poéti-



co no habia alcanzado aun la perfeccion soñada, por el sobrio, entusiasta ingenioso hidalgo, Nika olio algo que despertó su apetito, y en vez de alejarse, como se lo sujeria profético presentimiento, corrió presurosa hácia un no sé que desconocido, de dónde se escapaba olor de queso fresco. Tocó el puerto ansiado y cayó en funesta emboscada, es decir en una trampa. Pero como á veces la naturaleza es piadosa, la incauta no comprendió el alcance de su infortunio, pues aquella trampa era puramente un encierro y carecia de aceradas puas para destrozor al prisionero.

El queso era sabroso y Nika que tenia buen apetito comia afanada; iba en tanto creciendo el día poniendo de relieve todos los objetos.

Cómo palpita el corazon de Nika! De repente fuerza misteriosa mueve el estrecho retrete; la lauchita piensa en huir, pero se siente prisionera. Pero prisionera de quien? De aquel ser tan bello, de aquella flor animada, de aquel niño hermoso, que encadena su fantasia. ¿Puede aspirar á mayor dicha?



Cómo sonrie cariñoso el infante de mejillas sonrosadas como afelpado durazno! Brillan sus ojos, agrandados por la sorpresa, chócense sus manecitas en señal de contento, cristalinas risas se escapan de su boquilla entre abierta.

No abriga Nika ni sombra de temor; al contrario la dicha la sofoca, la consume.


«Dámela á mi» Dice el niño al mal intencionado mucamo, que ajita la trampa en señal de triunfo.

El corazon de Nika se dilata. Comprende que va á acercarse al precioso niño.

«A la tina» esclama el infante, que corre dichoso, afanado con la trampa en la mano.

La lauchita no se amedrenta, se siente cerca de aquel niño hermoso, de aquel ser superior que de cerca es aun mas bello que de lejos; y apesar de que su cuerpecito delicado se choca contra las barras de la trampa, ella no teme, no sospecha, espera siempre.

De improviso la mano protectora la abandona, flota el bajel que la encierra; pero los oji-



tos de la prisionera están fijos en la brillante mirada del querubin. Cuán bello es! Ríe, sus labios purpurinos enseñan una hilera de blancas perlitas. Nika siente frío; pero aun no teme. Fresca carcajada resuena bulliciosa. Horror! el agua sube; la lauchita se sobresalta, quiere huir; el miedo oprime su pechito. La pobrecilla trepa afanosa en lo mas alto é implora con sus ojuelos al precioso niño; pero éste se inclina mañoso, sobre el borde de la tina y con su manecita de gigante hunde sin piedad la trampa!

Desborda el agua, Nika se agita, lucha en vano contra el líquido cruel, siente la muerte que llega, y ya solo alcanza á pensar con la rápidez del morir: «Tan bello y tan.»

Ríe el niño gozoso, aplaude con feroz crueldad el grosero criado y sobre la humeda tabla de la trampa, que flota de nuevo, yace con el corazón para siempre acallado la desventurada lauchita.


Enero 7 de 1830.




CHINBRU

A DANIEL


Hélas! Il était malheureux!!
V. HUGO.




Allá en los tupidos montes del Gran Chaco, dentro del tronco hueco de un elevado timbó, vivía una familia dichosa. Nada le faltaba.



El sol caliente, bañaba durante el día con sus rayos amorosos las frondosas ramas, las hojas aterciopeladas del árbol magestuoso; y cuando caía la noche, refrescando con sus brisas puras y su rocío plateado, cuanto el sol había marchitado, el contento de los pequeñuelos, que eran varios, no tenía medida.



Trepar por los cedros encumbrados, arrancar naranjas, hincar en ellas estrujándolas el



agudo diente, chupar azucaradas vainas de algarroba, lanzarse las cortezas de sabrosas bananas, hacer resonar el monte con gritos agudos, prolongados, que el éco devuelve; correr carreras locas por la espesa maleza, esconderse traviosos en los troncos repletos de agua cristalina y fresca en bulliciosa algazara, eran juegos gratos á los picarillos monitos, que no cuidaban ni poco ni mucho del largo de las horas ni del pasar del tiempo.

Habia sin embargo, entre los negros macaquillos uno, que no parecia contento de la suerte dichosa que le dispensara la madre naturaleza.

«Siempre los mismos árboles» decia en sus adentros el monito. «Siempre los mismos juegos, las mismas frutas! Es como para cansar á un mono!»

Tenia razon quizá, el descontentadizo émulo del hombre, que placer repetido suele volverse insipido.

Pero ésto no quiere decir, que Chinbrú,




asi se llamaba el monito, hiciera bien en huir, como lo hizo por fastidio en hora menguada, del *home* materno, dónde dejó á su amorosa madre sumida en duelo por muchos dias.

Pero que pena no se amortigua ya en las selvas, ya en las ciudades. Mona ó mujer susceptible es de olvidar, y en ello piadosa se muestra la suerte.

Corria, saltaba en libertad ilimitada el ajil Chinbrú por entre troncos, malezas y flores, entrujando á su paso cuanta fruta hallaba á su alcance y que su apetito saciado desdeñaba; columpiándose travieso y perezoso en las lianas intrincadas, amorosas que de los árboles pendian, enlazándolos en fresco, verde laberinto, y gozándose no poco en lanzar á puñados al viento con sus belludas manecitas, olorozos azahares, que cayendo luego en lluvia plateada sobre su cabecilla grotesca y detenidos allí entre los ásperos pelillos de su rugosa frente, le daban un airecillo de novia africana, muy chusco.

El gozo de Chinbrú no tenia límite, se le fi-




gura no corrió nunca más á sus anchas, no vió flores mas flores, ni comió frutas mas sabrosas; en cuanto á los árboles, eso sí que son árboles!

Correr, saltar y comer sin medida ni tré-gua, son cosas muy gratas; pero es fuerza reconocer que Chinbrú, aunque monito, tenia aspiraciones de una esencia mas elevada, y en prueba de ella, hélo aquí solo, alejado de sus hermanillos, todos amables macaquillos, en busca de algo, que no sea siempre correr, siempre triscar; que tal fué su conato al desertar del frondoso timbó del Gran Cháco.


Pretende un autor algo esceptico, que los paisanos y los animales, no aprecian, no sienten las bellezas de la naturaleza; no ven ni el sol que dora los campos con sus rayos amba-reos, ni la luna meláncolica, cuando platea con su luz discreta las aguas del arroyo. Yo no pienso así.

Creo que los séres que mas en contacto viven con el sol, con el rocío, con las plantas,



con la lluvia, sienten, comprende a su modo, es verdad, cuanto hay de grande en esas manifestaciones de la potencia divina, de las cuales depende tan directamente el propio bienestar, el logro de esperanzas caras; que el hombre de los campos riega siempre con el sudor de su frente. El poeta que canta, el naturalista que estudia, no comprenden mejor la humilde espiga de trigo, que se inclina al soplo del viento, que el cultivador afanoso, cuando admirando el grosor de los granos dorados de sus mieses, vé en cada espiga, pan y abundancia para los séres amados. Toda aspiracion eleva el hombre y lo acerca al Creador, fuerza motriz de cuanto vive y se ajita.


Pero cuán léjos estoy de Chinbrú; y el picarillo aprovechando de mi distraccion, salta, que trepa, trisea que huelga, mirando curiosamente cuanto cae bajo el rayo de sus ojitos, relucientes como chispas, ha salido del bosque y ya va medio desalentado, arrastrando una patita coja, por un ancho sendero sin árboles ni malezas; pero en cambio árido y polvoroso.



«No hay acaso». Dicen ciertos filósofos, y creo tengan razon; pero como llamar á la ley ó fatalidad que enfrentó á Chinbrú el viajero, con su destino andante, en la persona del Signór Gian Battista Regnano, Genovés entrado en años, adusto y mal entrazado, con menos ilusiones que pesetas, lo cual no es poco decir. Il Signor Gian Battista no tenia porque alabarse de su suerte, que era, lo reconozco, perversa y constante en demasia; razon sin duda por la cual el ambulante artista era con cuanto á la mano le caia tan perverso y desapiadado, como la suerte su madrastra, lo era con él mismo.

«Per Bacco! Esclamó gozoso el adusto organista, al ver á Chinbrú, que volvia inquietas miradas al rededor; y tendiendo un lacito trenzado de seis, que nunca le faltaba, dió hábil caza al vagabundo monito, cortándole asi de un golpe libertad é ilusiones.


Estraño! Chinbrú no sabia lo que era el dolor; pero lo reconoció desde luego, sin que nadie se lo demostrara con silogismo ni metáfo-



ras. Cierta que el dolor físico pues el lácito le ceñía el pescuezo, le dió cumplida idea, de que fastidiarse no es sufrir, por mas que asi lo pretendan los esplinados hijos de Albion; y comprendiendo el dolor físico, descubrió el moral.

Gian Battista vió buena presa en el precioso monito, que tal lo era, y desde luego se propuso no maltratarlo mas de lo necesario, sacando de él todo el partido posible, para honra y provecho de su vacía escarcela.

Como la ilusa lechera del buen Lafontaine, nuestro Italiano vió en Chinbrú y en su organillo tísico, una fuente perenne de riquezas, Ya le parecia ver llover los reales, las pesetas, y en su calidad de hijo de la musical Italia, entonó *sotto voce* y casi inconciente el «*Gia viene l'oro, gia vien l'argento*» del Barbero, en tanto examinaba minuciosamente su presa Decidió Regnano sin tardanza, como hombre que conoce el valor del tiempo, ganarse la buena voluntad del macaquillo y puso mano á la obra.




Quien no ha comido pan, ese delicioso manjar compuesto de elementos tan sencillos; pero que combinados forman el alimento por excelencia! Ese pan que nunca sacia y que dá realce á cuantas golosinas aguzan las facultades degustativas del hombre!

Un pedazo de pan, no muy blanco, ni muy blando, fué el primer eslabon de la cadena de servidumbre, que debia por tanto tiempo atar el andariego monito á su cruel amo.

Chinbrú halló el pan muy de su gusto y tambien no desagradable para descansar su cabecilla hueca, la ancha tapa del organillo, que Gian Battista cargaba sobre sus robustas espaldas con grande maestria.

Cuando despertó de un largo sueño el errante macaquillo, oyó algo que le recordó su perdido timbó y por algunos instantes la ilusion pasó casi á ser realidad. Un concierto de pajaritos, saludaba al parecer la venida del dia con alegres gorgeos. Oh sorpresa! En vano se refriega presuroso los pesados ojos con sus



patitas vellosas; árboles no vé ni mucho menos pajarillos. La música está en si mismo.

Su asombro es grande. Busca, rebusca; y una voz ronca le saca bruscamente de su perplejidad, acompañando estas palabras con un fuerte sacudon.

¡¡«Per, Bacco, ¡mono haragan! *Bisogna* pagarme el pan que has comido!!»

No entiende el sentido de aquella frase el pobre Chinbrú; pero comprende que lo maltratan y que la música sale de aquel misterioso asilo, dónde descansan sus patitas.

No hay maestro como el dolor; si las madres no fueran madres, cuanto no alcanzarían de su prole con el sistema del educacionista americano Horacio Mann, que tanto recomienda el látigo (*even for girls*) (hasta para las niñas), que el Signor Gian Battista exageraba con barbarie digna de un salvaje.

Látigo y hambre, que dos palancas para levantar un mundo de monitos y aun de chiqui-




llos! Pobre Chinbrú, que es fuerza conocer ya por el nombre espresivo de *Morino*, con el cual le ha bautizado su amo.

Era éste hombre de ingenio, y à no ser por su natural perverso, hubiera podido con solo tomarse un mes mas, alcanzar del bien dotado Chinbrú, de *Morino* quiero decir, cuantos talentos y perfecciones logró inculcar al monito, con un rigor desmedido, en el muy corto espacio de cinco semanas. Pobre macaquillo que aprendió à bailar la polka primorosamente, el ejercicio de fusil à la Prusiana, à hacerse el muerto y hasta à adivinar en una sociedad quien era la persona *mas enamorada*. Pero à que precio mordió el inculto habitante de las selvas en el árbol de la ciencia!

El látigo cortante habia surcado cruelmente sus carnicitas delicadas, raleando su tupido pelaje, àntes reluciente y espeso, hoy deslucido y escaso. Las penas del corazon empañan la belleza, como el orin toma el acero.


Comer apenas, trabajar sin trégua y sobre



todo perder la libertad, es peso mas que excesivo para caer de un golpe sobre el corazon de un triste monito.

Cuando el desventurado Silvio vió cerrarse tras de sí las pesadas puertas del sombrío Spielberg, su corazon de hombre se contristó y su espíritu elevado cayó en tinieblas. Que mucho que el desgraciado Morino, perdiera el brillo de sus ojitos, la agilidad de sus miembros y que lenta agonía consumiera sus fuerzas. En dónde estan los árboles del Chaco, las flores olorosas, las sobrosas frutas abundantes, que su caprichoso apetito desdeñaba y sobre todo la libertad, la dulce libertad, bien precioso que tanto anhela el hombre y aprecia todo ser viviente!

Durante el día ir de puerta en puerta, que à fuerza de caminar ha llegado Gian Battista con el organillo y Morino à una ciudad vasta, dónde no hay árboles sinó casas y ruido y polvo y sed y látigo, siempre látigo, es tarea cruel muy cruel!



«Signore miei, venite. Ecco Morino Macaco famosísimo que sabe *ttuto ttuto!*»

Agólpase la multitud de Chiquillos, de sucios mendigos, de trabajadores sin trabajo «*attenzione alla musica!*»

Morino siente la mirada punzante de Gian Battista sobre si y la sangre toda se le agolpa al corazon.

El Italiano mueve el manubrio y el destemplado son del órgano hace oír una polka de Strauss, que el mismo maestro reconociera con dificultad. Esa es la señal. Salta agíl Morino de la caja y viene á caer con pasmosa presteza, delante del circulo de curiosos.

Una carcajada general acoje esta primer proeza.

En la vuelta de carnero obligatoria que ha dado el mono, su traje de ancha cola y abuchados volados, se le enreda en las piernas, descubriéndolas al mismo tiempo de la manera mas ridicula y anti-femenina. La muchedumbre vulgar que adora las disonancias, rie,



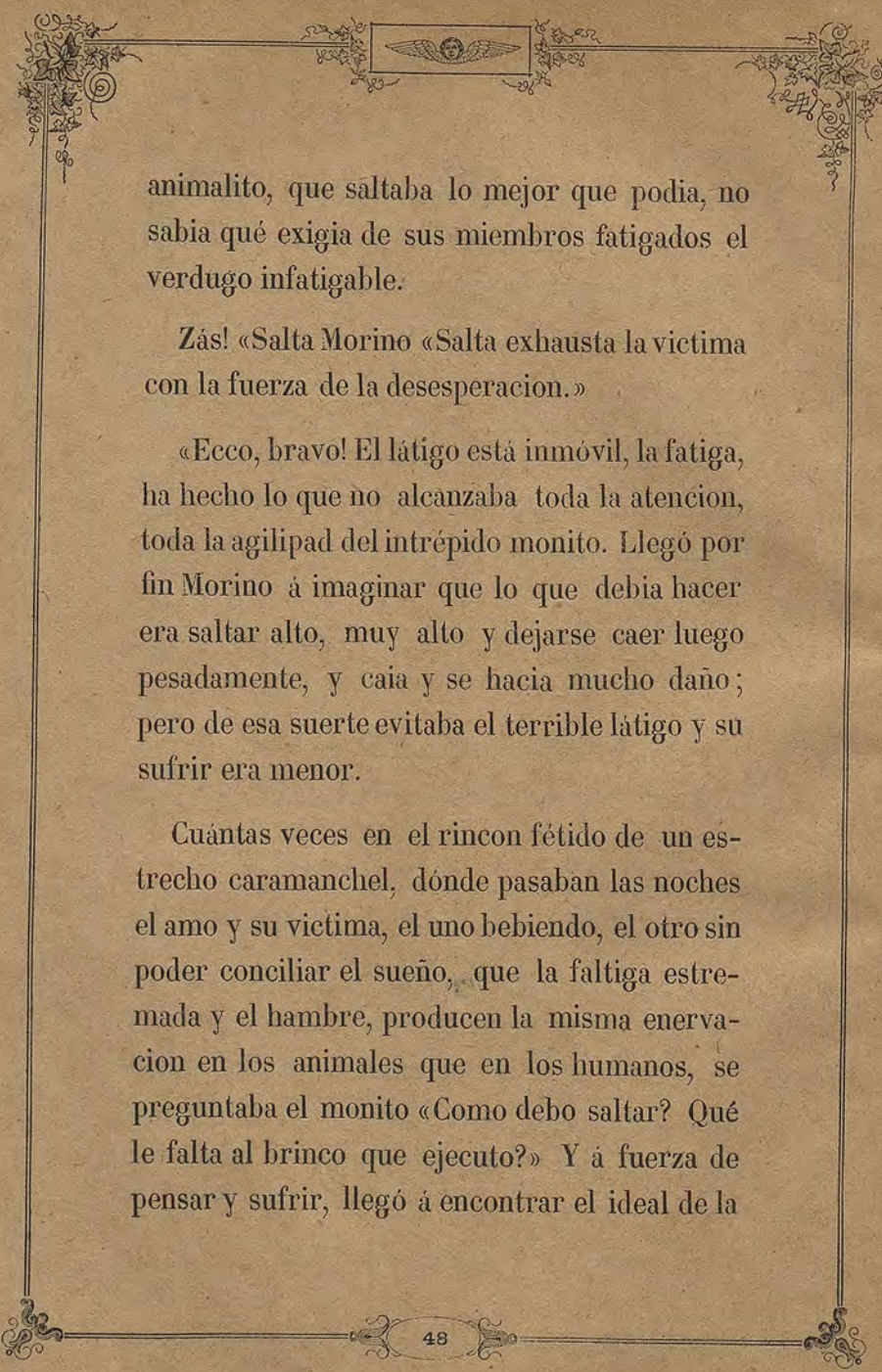
festeja, aplaude y su buen humor lo acrecienta la espresion adolorida del mono engalanado, que se levanta con su gorra de plumachos la deada y abollada como sombrero de borracho. El efecto es siempre idéntico. En todo el litoral de la República Argentina el salto de Morino ha alcanzado igual éxito. Y sin embargo, ese salto es lo que mas azotes ha costado al infeliz monito!

«Salta» Decia el amo y con agilidad de mono saltaba Morino.

Zás! Un látigazo. Hilaridad de la concurrencia, que lo cree parte del programa.

Ricomincia per Bacco! Y el macaquito saltaba de nuevo.

Zas! Tras! *Ricomincia* y el látigo caia sin piedad. Risas, risas! Zas! Zas! Saltaba con el corazon oprimido y ojos enturbiados por el llanto, sin saber lo que de él se queria el desventurado Morino, y el látigo crugia de nuevo otra y otra vez. Oh dolor cruento! El desdichado

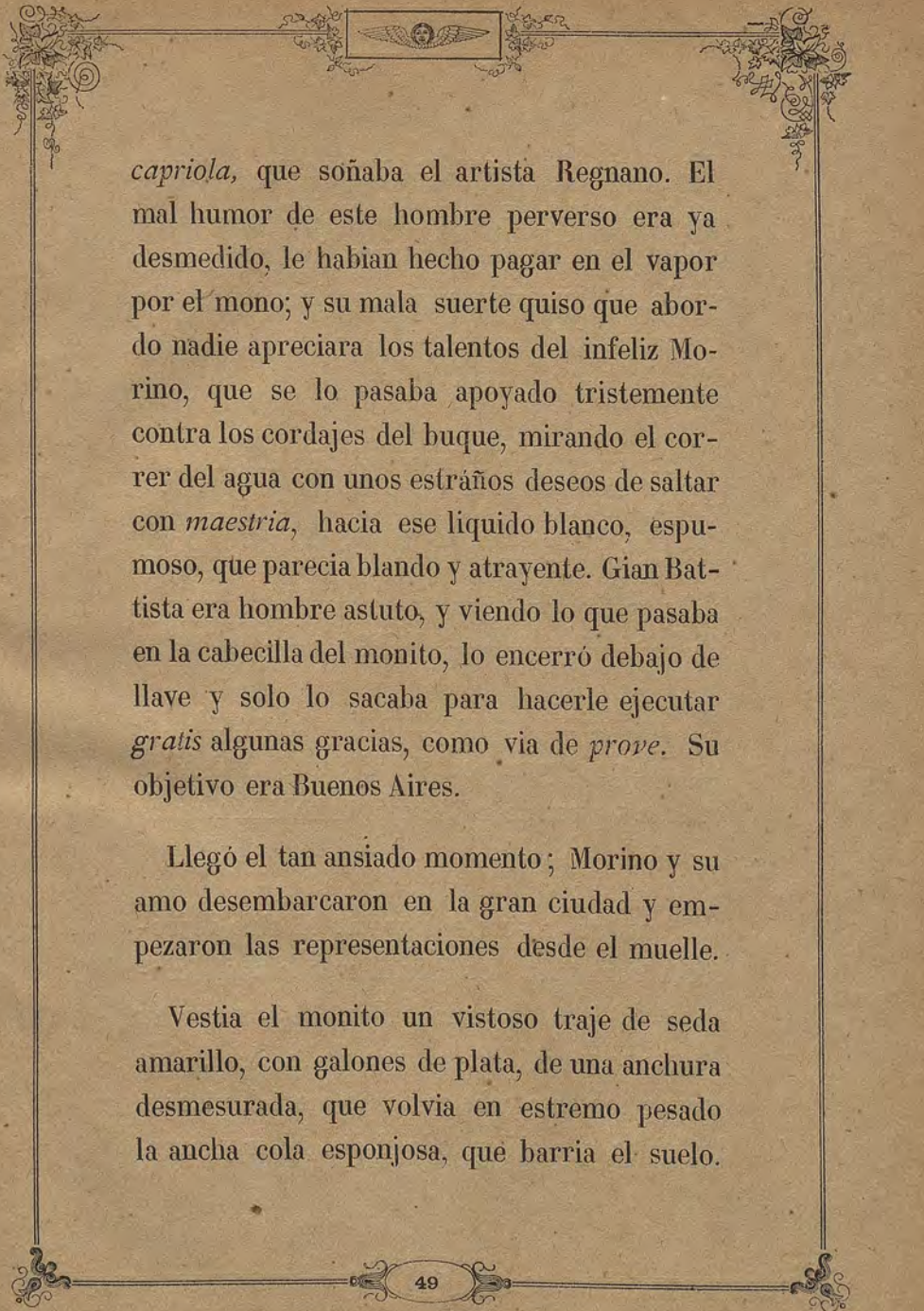


animalito, que saltaba lo mejor que podia, no sabia qué exigia de sus miembros fatigados el verdugo infatigable.

Zás! «Salta Morino «Salta exhausta la victima con la fuerza de la desesperacion.»

«Ecco, bravo! El látigo está inmóvil, la fatiga, ha hecho lo que no alcanzaba toda la atencion, toda la agilidad del intrépido monito. Llegó por fin Morino á imaginar que lo que debia hacer era saltar alto, muy alto y dejarse caer luego pesadamente, y caia y se hacia mucho daño; pero de esa suerte evitaba el terrible látigo y su sufrir era menor.


Cuántas veces en el rincon fétido de un estrecho caramanchel, dónde pasaban las noches el amo y su victima, el uno bebiendo, el otro sin poder conciliar el sueño, que la faltiga estremada y el hambre, producen la misma enervacion en los animales que en los humanos, se preguntaba el monito «Como debo saltar? Qué le falta al brinco que ejecuto?» Y á fuerza de pensar y sufrir, llegó á encontrar el ideal de la



capriola, que soñaba el artista Regnano. El mal humor de este hombre perverso era ya desmedido, le habían hecho pagar en el vapor por el mono; y su mala suerte quiso que abordó nadie apreciara los talentos del infeliz Morino, que se lo pasaba apoyado tristemente contra los cordajes del buque, mirando el correr del agua con unos extraños deseos de saltar con *maestria*, hacia ese liquido blanco, espumoso, que parecía blando y atrayente. Gian Battista era hombre astuto, y viendo lo que pasaba en la cabecilla del monito, lo encerró debajo de llave y solo lo sacaba para hacerle ejecutar *gratis* algunas gracias, como via de *prove*. Su objetivo era Buenos Aires.

Llegó el tan ansiado momento; Morino y su amo desembarcaron en la gran ciudad y empezaron las representaciones desde el muelle.

Vestia el monito un vistoso traje de seda amarillo, con galones de plata, de una anchura desmesurada, que volvía en extremo pesado la ancha cola esponjosa, que barria el suelo.

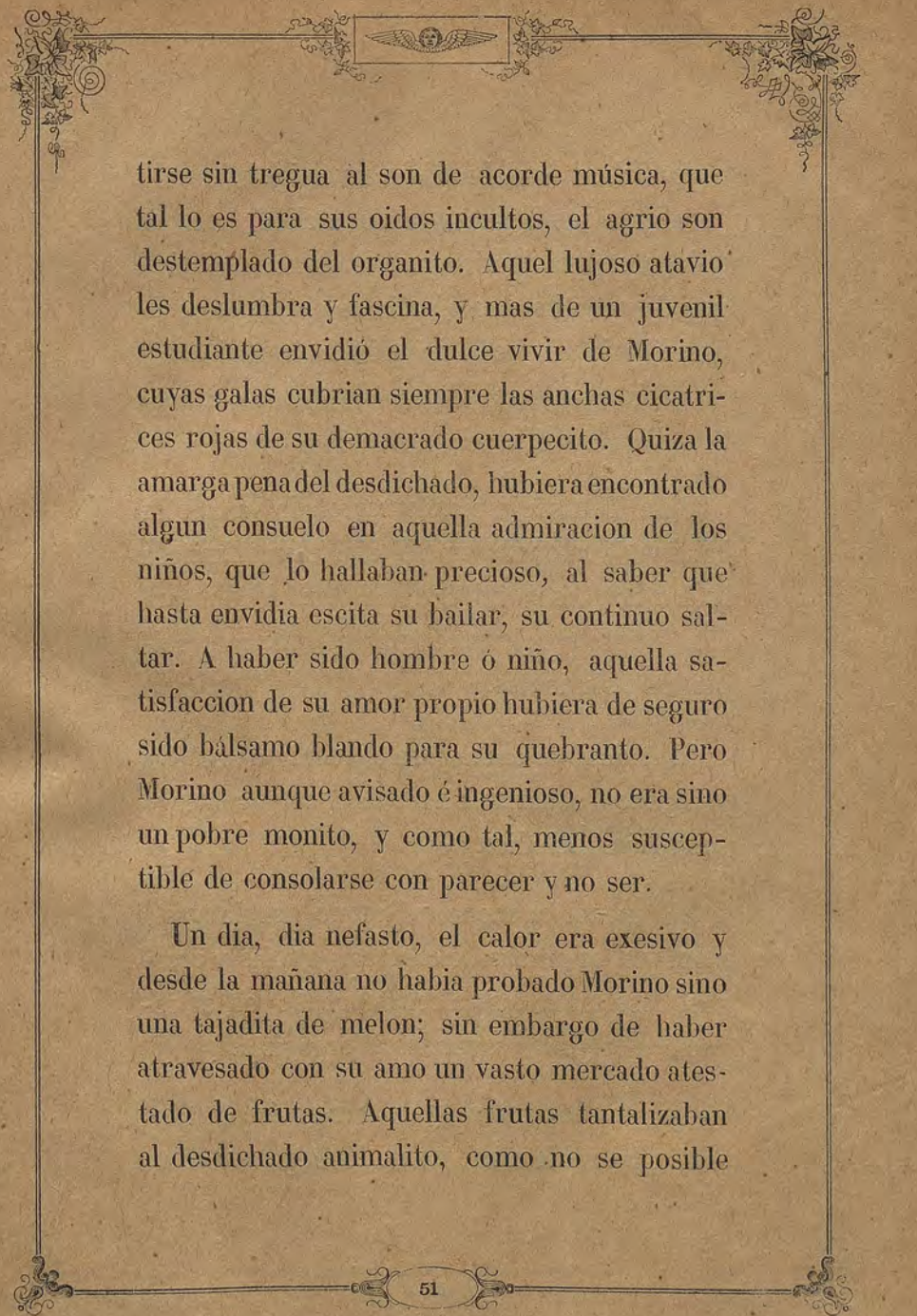


Gian Batista habia confeccionado el mismo aquel traje, gracias á sus reminiscencias de cómico ambulante allá en sus buenos tiempos, exagerando las dimensiones, para realzar así la talla mezquina del danzante. «*Peccato* decia, que no se le puedan poner botines.»

Para completar el lujoso atavio, llevaba Morino sobre su cabecita fatigada, un gran turbante de lana blanca, rematado por cascabelitos relucientes, cuyo incesante tilin causaba angustioso malestar al nervioso monito.


La multitud acojia simpática al organista y su discípulo, y en pocos dias hizóse popular en el bajo y plaza de la Victoria el habilísimo macaquillo.

Ironía de la suerte ingrata! Morino representa para todos los chiquillos que han alcanzado la dicha de verlo bailar, de admirar su donosura y agilidad, el tipo de la dicha. Que mayor contento cabe en pecho mortal, piensan los niños, que bailar todo el dia, saltar y diver-



tirse sin tregua al son de acorde música, que tal lo es para sus oídos incultos, el agrio son destemplado del organito. Aquel lujoso atavío les deslumbra y fascina, y más de un juvenil estudiante envidió el dulce vivir de Morino, cuyas galas cubrían siempre las anchas cicatrices rojas de su demacrado cuerpecito. Quizá la amarga pena del desdichado, hubiera encontrado algún consuelo en aquella admiración de los niños, que lo hallaban precioso, al saber que hasta envidia escita su bailar, su continuo saltar. A haber sido hombre ó niño, aquella satisfacción de su amor propio hubiera de seguro sido bálsamo blando para su quebranto. Pero Morino aunque avisado é ingenioso, no era sino un pobre monito, y como tal, menos susceptible de consolarse con parecer y no ser.

Un día, día nefasto, el calor era excesivo y desde la mañana no había probado Morino sino una tajadita de melón; sin embargo de haber atravesado con su amo un vasto mercado atestado de frutas. Aquellas frutas tentalizaban al desdichado animalito, como no se posible



espresarlo con palabra alguna; vértigo horrendo paralizaba sus fuerzas y una mezcla de hambre y de nostalgia derribada sus potencias. El signor Gian Battista se ofrecía de continuo copiosas libaciones y con un «Piú tarde carino» y un guiño chocarrero de sus ojos torvos, exhortaba al macaquillo á la paciencia.

Gian Battista habiendo explotado ya ciertos barrios, pretendía en su ambición ilimitada luchar con las calecitas de la plaza de Monserrat, donde hay siempre gran afluencia de chiquillos y sirvientes.

El Italiano se abrió paso á fuerza de música y algunos codazos bien aplicados y comenzó sus agrias melodías.

«El mono! el mono» Resonó por la vasta plaza y el enjambre de cabecitas rubias y crespas, desertando las calecitas, rodeó en el espacio de algunos segundos al organista.

Apesar del hambre y del cansancio, Morino saltó admirablemente y saludó luego con suma



gracia la *compagnia*. Fresco coro de risas infantiles aclamó al monito y lo llamó con calor y repetición monísimo! monísimo! Empezó la Polka y el entusiasmo no tuvo límite, que el público porteño es vehemente y apasionado, ya lo compongan admiradores entendidos de alguna prestigiosa diva, ya los infantiles abonados de las calecitas en la plaza de Monserrat.

«Bravo monito! Bravo esclamaban los chiquillos, batiendo las menudas palmas, y llovían reales y pesos sobre la cajita de lata, que con gracia y desenvoltura presentaba Morino al cordón de caritas risueñas, que formaba estrecho círculo al organista.

De repente un rubiecito de ojos chispeantes, que mordía distraído un jugoso durazno, vió llegar á Morino, que con manita temblorosa le presentaba la cajita. El pobre Morino había visto el durazno y tenía, como dicen, el corazón en la boca.

El niño leyó en la mirada del monito, tanto deseo, tanto, que dejó caer el durazno en la ca-

jita, diciéndole con grande emocion: «Para vos monito.» «Es para vos.»


Morino se arrojó sobre el mordido durazno, con todo la avidez del hambre y de la sed combinados. Un latigazo vibrante, derribándolo con la rapidez del relámpago, cruzó su frente con surco de fuego; brotó la sangre roja y las manecitas àvidas dejaron escapar el durazno, que fué rodando por el suelo ensuciándose hasta perderse.

Un choque eléctrico agitó la apiñada multitud, rompiendo el círculo de espectadores. Oíase confuso murmullo de voces.

«Mono del Diávolo!» Esclamó el Italiano, y se oyó un: bárbaro! bárbaro! acompañado de agudos sollozos y lamentos infantiles.

Llegó en ese momento un vijilante y como preguntase al organista la causa de aquel tumulto, éste respondió con acento contristado:

«Niente signore. *Il mio mono infermo!*»



Los niños se alejaban silenciosos, contristados. Un solplo de tristeza habia invadido la alegre plaza, acallando los bravos y las risas.

Inmóvil tendido largo á largo dónde mismo cayó como herido por el rayo, yacia el ágil monito con el vistoso traje cubierto de polvo, los ojos cerrados y el blanco turbante teñido en sangre. Estraño fenómeno, Gian Battista, aquella naturaleza brutal, no se atrevia á acercarse á su victima: habian allí tantos niños.

El vigilante se aproximó al monito, lo tocó con delicadeza y dijo:


«Parece muerto!

Y lo estaba.

.....

Duerme Chinbrú debajo de dos frondosos naranjos, en una florida huerta.

Cuando el rubiecito Enrique, causante de tanto duelo, llegó á su casa, poco distante de la plaza, los sollozos anudaban su garganta y de




sus labios afiebrados se escapaban estas palabras:

El monito! El monito!!

Esperando al hijo amado en la puerta de calle, hallábase el padre; y como el dolor del niño fuera tan agudo, interrogó aquel presuroso á la sirvienta.

En pocas palabras narró el desastre la sencilla Bascuence, y el hombre generoso y sensible corrió á la plaza, movido por un doble impulso, la compasion y la justicia.

Gian Battista Regnano, quizá por la primera vez de su vida se hallaba perplejo, «*Emballamar, cuesta plata*, murmuraba, rascándose la cabeza. «*Ed io non me ne intendo Peccato, ma..* y despues de despojar al muerto Morino de sus galas, iba á abandonar alli su cadáver merced á las sombras de la noche; cuando oyó una voz, que le pareció al malvado venir del cielo, decir «Cuánto quiere vd. por el monito; yo me encargo de él»




Oime, madonna mia!

Comenzó el hipócrita Italiano á exclamar.
«*Miera così caro! Ma cinquanta pesi*».

«Tome vd. y basta» Cortando asi el torrente de gracia y lamentos que brotaba de los labios del afortunado Gian Battista. Y aquí seria del caso hacer alguna reflexion sobre la suerte que de continuo tienen los malvados; sino fuera cosa sabida, que el hombre juzga siempre de las cosas por las apariencias y que las mas veces, éstas son engañosas.

Con piadoso celo, recogió en su blanco delantal el cadáver del monito la Bascuence y siguió en silencio á su patrón, que murmuraba algo de poco elogioso por cierto, sobre los ambulantes hijos de la Italia.

Dormia ya consolado el rubio Enrique, en los brazos amorosos de su madre, cuando el jardinero, que segun su ingenuo decir, entendia de *muertos*, despues de convencerse de que ya solo la tierra podia ser provechosa al yerto mo-



nito, le dió piadosa sepultura, debajo de los dos mas bellos naranjos de la huerta.

Y de esa suerte, en la estacion amena de los azahares, una lluvia florida y olorosa, cae sin cesar noche y dia sobre la estrecha tumba del desdichado Chinbrú, á quien me place de nuevo dar este nombre.

Marzo 22 de 1880.





Pascua

Á EDA Y MANUEL

Dejad venir á mi los
niños.

El divino maestro que amaba á los niños
y á los pobres nació en un pesebre. Cuan-
do los Reyes Magos, guiados por la estre-
lla refulgente que les marcaba el camino,
llegaron á Belen, hallaron al Salvador del
mundo, al que venia á derrocar los idolos pa-
ganos, sobre un monton de paja, rodeado de
aparente miseria y de un nimbo de luz divina.


El dia del nacimiento de Jesús, ha sido
desde que el cristianismo brilló para la hu-
manidad, dia de dicha, dia de gloria!



Jesús venia á predicar la paz, la caridad, el amor ; y grandes y pequeños en la tierra acogieron su doctrina con el corazon abierto. Solo con el andar del tiempo comprendieron los tiranos, los opresores, que la ley del niño Jesús les era contraria y la division empezó á turbar los espiritus.

Noel fué el grito de alegría que lanzaban los pueblos de la Edad Media, para significar su regocijo en los momentos solemnes. *Noels* se llamaron los cantos de alegría, que las trovadores entonaban en honor del Salvador en los banquetes suntuosos, que precedian á la fiesta religiosa, celebrada por la iglesia, al llegar el límite del dia veinte y cuatro, cuando el reloj de las catedrales góticas marcaba la hora mística y que las campanas á todo vuelo hacian resonar los aires con sus alegres repiques.

Todos los pueblos europeos celebran el dia de Pascua; *Noel* en Francia y *Christmass* en Inglaterra y Norte América, y lo consagran sobre todo en los pueblos sajones, á divertir y festejar los niños.

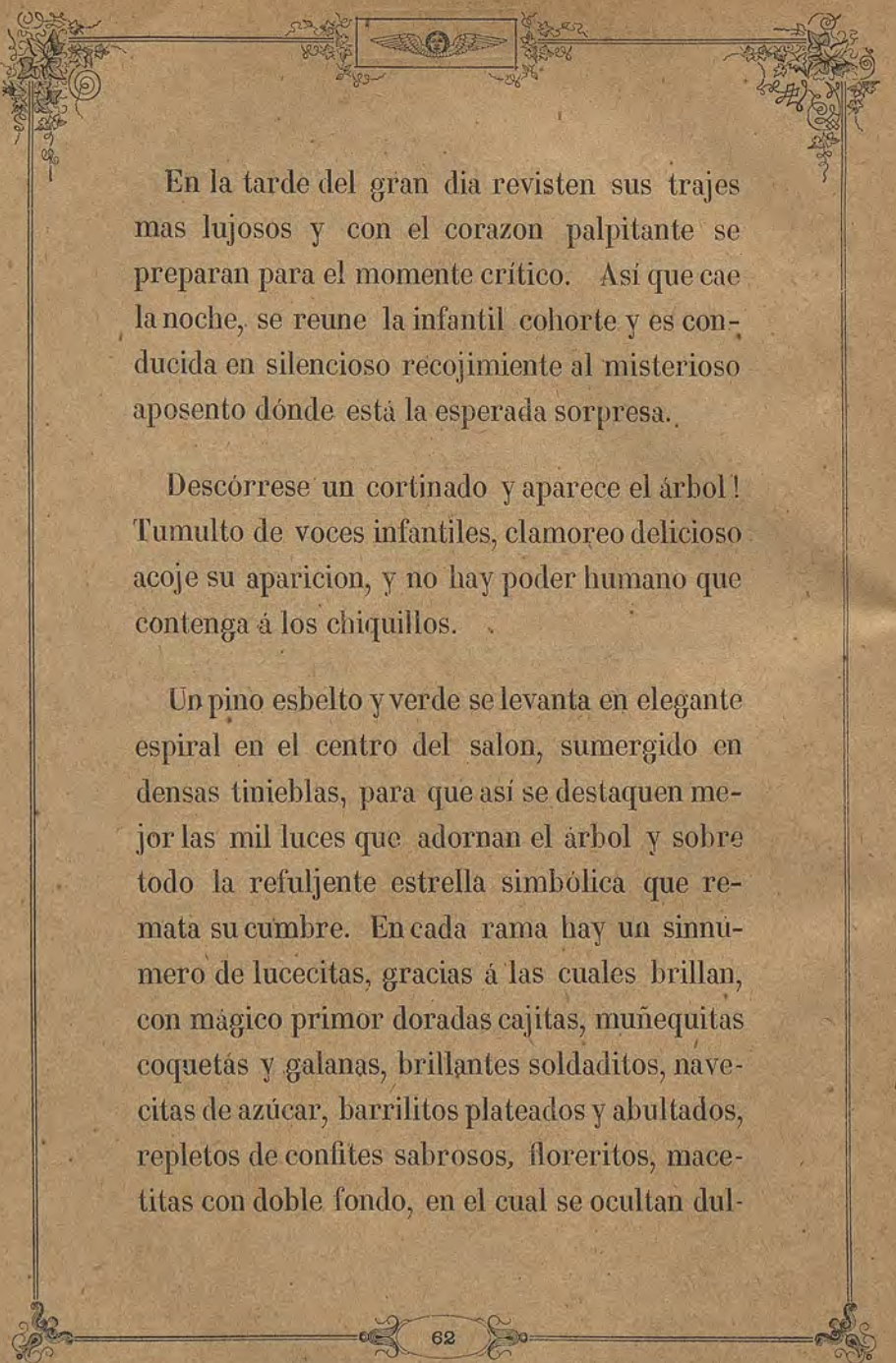


En los Estados Unidos especialmente, ese es el día por excelencia para las diversiones de un carácter íntimo y familiar.

Es el día de la infancia.

El *Christmass tree*, árbol de la misa de Cristo, es algo de mágico que tiene en suspenso el corazón de los pequeñuelos, durante las últimas semanas que preceden el día de Pascua.


La madre, las hermanas mayores, los amigos, se reúnen, se conciertan en secreto para completar la sorpresa con que van á deleitar á los niños de la familia; todos los años se repite la misma grata tarea; crecen los niños, pero el día de Pascua los halla siempre dulcemente inclinados á dejarse *sorprender*. Misteriosas cajas, paquetes de variadas formas y dimensiones entran y salen sin cesar en continuo va y viene de sirvientes, pajecillos ó parientes. Los niños, que saben ser reservados cuando les conviene, todo lo ven y nada aparentan ver, conocen que aquel movimiento, aquella ajitación tendrán grato resultado; esperan, confían y callan.



En la tarde del gran día revisten sus trajes mas lujosos y con el corazon palpitante se preparan para el momento crítico. Así que cae la noche, se reúne la infantil cohorte y es conducida en silencioso recojimiento al misterioso aposento dónde está la esperada sorpresa.

Descórrese un cortinado y aparece el árbol! Tumulto de voces infantiles, clamoreo delicioso acoge su aparición, y no hay poder humano que contenga á los chiquillos.

Un pino esbelto y verde se levanta en elegante espiral en el centro del salon, sumergido en densas tinieblas, para que así se destaquen mejor las mil luces que adornan el árbol y sobre todo la refulgente estrella simbólica que remata su cumbre. En cada rama hay un sinnúmero de lucecitas, gracias á las cuales brillan, con mágico primor doradas cajitas, muñequitas coquetás y galanas, brillantes soldaditos, navcitas de azúcar, barrilitos plateados y abultados, repletos de confites sabrosos, floreritos, maccitas con doble fondo, en el cual se ocultan dul-




cesitos sabrosos, que en la fiesta de los niños debe haber la ilusión para los ojos y lo sólido que estimule el paladar insaciable de la infancia.

Merced a cintitas de colores varios, se balancean coquetamente los misteriosos juguetes, que parecen nacidos sobre el árbol, como oí decir una vez con encantadora ingenuidad a uno de mis diablillos.

La hermana mayor ó la madre, van con una gran tijera, cortando del árbol los juguetes mantenidos allí por las cintitas. Se oye entonces un clamoreo encantador de «á mi!» «á mi!» y un enjambre de manecitas blancas se agita en deliciosa confusión. Las velitas de cera del árbol se van consumiendo y tónico olor de resina perfuma la habitación. Oh! memorias!


Sale la bulliciosa turba infantil con su precioso botín de juguetes y dulces, y vá á esperar la hora de nuevos misterios. Al desnudarse, cada niño tiene buen cuidado de colocar una medicita ó un zapatito, de los que acaba de quitarse, cerca de la chimenea ó de la ventana,



para que á las doce de la noche venga el niño Jesus á poner allí el regalito, que hace infaliblemente cada año á los niños buenos. En la casa del pobre, el zapatito roto, la media agujereada, y en la del rico, el elegante botin de raso y la media calada, están ahí como emblema de fé! ¡Que madre por pobre que sea, deja vacío el zapatito ó la media!

En Inglaterra, donde el rigor del invierno cubre en ese momento del año las calles, los campos de espesa nieve, vése á los paisanos cubiertos con pesadas capas y abollados sombreros, recorrer largas distancias para venir á festejar con bulliciosa alegría el *Christmass* en familia. ¡Cuánta alegre cancion (*Christmass Carols*) y cuántas libaciones escesivas á veces, es cierto! Pero es dia de gloria, y por pobre que sea una familia, nunca le faltáran, aunque mas no sea, castañas asadas á la lumbre de Pascua.

En Paris, la elegante metrópoli del bullicio y de incredulidad, la noche del 24 de Diciembre, la animacion de las calles adyacentes á las



grandes iglesias, toma immensas proporciones. En la Magdalena, en San Eustaquio y San Agustín se canta la misa de *minuit* con una magnificencia y una pompa dignas de los tiempos del gran Constantino. Las naves resplandecen, flores olorosas, (á pesar de que allí no es Pascua Florida) mezclan su perfume suave con el del incienso y la mirra; la música mas bella y armoniosa con que puede soñar la mente de un cristiano ferviente se eleva en misticos acordes hasta el trono del Altísimo!


Todo el París elegante acude á esos centros; los unos creen, los otros no creen, pero la música que allí se ejecuta es magistral, que en esa noche se dan cita en las iglesias los mas afamados organistas y mas cumplidos cantantes del mundo. El tumulto es grande. Dificil tarea lá del grave *gardien de la paix* para luchar con las femeninas exigencias; felizmente para el honrado municipal, por orden del Arzobispo de París se cierran todas las iglesias *asi que estan llenas*. Ay! de los retardatarios.

Concluida la misa, salen los asistentes segun



sus gustos y sus medios á terminar la velada, ya en el seno de la familia alrededor de una cena compuesta de semblantes amigos, ya en los gabinetes particulares del Cafe Anglais ó de la Maison Dorée. Esa noche se cena y no se duerme.

En París he asistido en casa de la destronada reina Isabel, á un Arbol de Navidad. Por temperamento y por educacion, me he dejado deslumbrar rara vez por la pompa real, y la rama de Borbon de España es la ménos adecuada para hacer brotar en un espíritu verdaderamente republicano, admiracion exesiva por el lujoso oropel de los tronos. Pero confieso que por primera vez reconocí en la destronada soberana, tan criticable bajo muchos puntos de vista, á la descendiente de una estirpe real. La ví rodeada de su augusta prole, presidir con sencillez y majestad á la ceremonia del árbol divino. Las princesitas alegres y vivarachas, como niñas del pueblo, presentaban un conjunto de gracia infantil y elegante sencillaz muy tocante; á la reina, que tal lo parecia, habiale prestado majestad y grandeza la madre.




Allí vi á la buena Princesa Mercedes, cambiar con su Alfonso, de esas miradas que el corazón apasionado de una mujer amante, ya sea princesa real ó humilde *bourgeoise* solo cambia con el elegido de su alma.

El destino avaro habia marcado ya con mano ferrea la sien de la enamorada princesa. Y en tanto se tejia en Bruselas el delicadísimo velo que debia cubrir la púdica cabeza de la esposa Reina, la Parca despiadada, acertaba mas y mas el hilo ténue de aquella existencia.

Cuanda la campana del Escorial al toque de las doce, recuerde á la Capital de las Españas que ha llegado el momento dichoso de celebrar el nacimiento del niño Jesús, Don Alfonso feliz, orgulloso, teniendo á su lado á su nueva esposa, la descendiente de los Césares de Occidente, ¿recordará á la jóven Princesa que duerme sola en su tumba de Reina?

No!

Y será mejor.



La naturaleza es madre piadosa y Dios quiere que de la muerte nazca la vida. Duerma en paz la dulce Mercedes, que fué tan amada y no turbe su dormir el nuevo consorcio. Es casi seguro que en la próxima Navidad vendrá un infante real á alegrar con su presencia el solitario palacio de los reyes de España. Qué suerte le quepa á ese infante, nadie lo sabe; pero será un niño mas, un boton mas de rosa en el ramillete de humanas flores; y como todo lo que nace, traerá consigo algo de esa patria lejana desconocida. Bendita sea la infancia! ya sea la del obrero ya la del hijo del Rey.

25 de Diciembre de 1879.



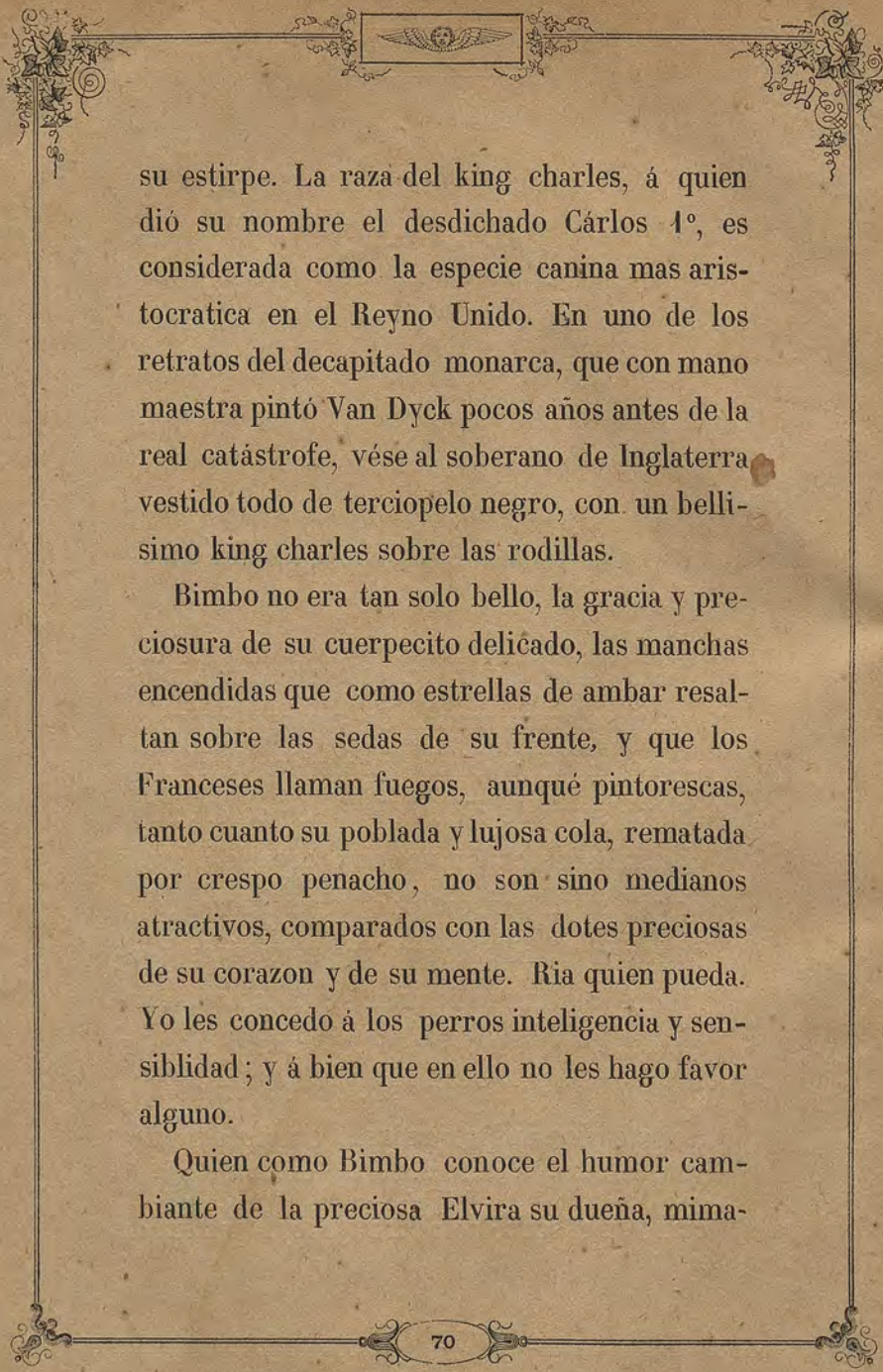


BIMBO

CUENTO

A ADELITA


Si la belleza fuera en este mundo de injusticias segura prenda de ventura, quien como el bello Bimbo pretender pudiera á mayor suma de dicha! Negro como el azabache, reluciente y suave como capullo de seda virgen, su pelo ensortijado parece querer competir con el brillo de sus ojos expresivos, profundos, de humano mirar. Aquellos ojos cargados de pensamiento, de ternura, son tan admirables, tan luminosos, que hacen olvidar las aterciopeladas profusas orejas del king charles, cuya nariz negra y diminuta, revela como su obscuro paladar rayado, la pureza de



su estirpe. La raza del king charles, á quien dió su nombre el desdichado Carlos 1º, es considerada como la especie canina mas aristocratica en el Reyno Unido. En uno de los retratos del decapitado monarca, que con mano maestra pintó Van Dyck pocos años antes de la real catástrofe, vése al soberano de Inglaterra vestido todo de terciopelo negro, con un bellissimo king charles sobre las rodillas.


Bimbo no era tan solo bello, la gracia y preciosura de su cuerpecito delicado, las manchas encendidas que como estrellas de ambar resaltan sobre las sedas de su frente, y que los Franceses llaman fuegos, aunque pintorescas, tanto quanto su poblada y lujosa cola, rematada por crespo penacho, no son sino medianos atractivos, comparados con las dotes preciosas de su corazon y de su mente. Ria quien pueda. Yo les concedo á los perros inteligencia y sensibilidad; y á bien que en ello no les hago favor alguno.

Quien como Bimbo conoce el humor cambiante de la preciosa Elvira su dueña, mima-



da morenita de encendidas mejillas y picaresco mirar. Quien adivina el pensamiento fugitivo y luminoso, como brillante exhalacion, de aquella cabecita tan linda, como caprichosa?

¡Aquí Bimbo, aquí! dice la locuela, levantando sudedito afilado, y Bimbo solícito con ojo dilatado y oreja erguida, se planta sobre sus patitas traseras frente a su ama en actitud atenta y reverente. Las pupilas del king charles despiden luz, y parecen penetrar el recóndito pensar, el fugitivo deseo de su dueña. Quien podrá medir jamás el cariño de un perro! Que pasión podrá luchar con esa abnegación incansable, con esa dedicación de todos los instantes, con esa constancia á prueba de ingratitude, de ausencia y aun de muerte! Que tipo de amador perfecto nos presenta la historia ó el arte, que haya realizado aun á costa de inmensos sacrificios y de privaciones, lo que para un perro fiel, que dá tanto y se contenta con tan poco, es cosa fácil, y diré mas, natural. El perro es una manifestación viva, de lo que podría llegar á ser el cariño, en un ser mas perfecto que la criatura humana.




Si Elvira la golosa no come y muy á su pesar obedece mustía, descontenta, quejumbrosa las estrictas órdenes del severo Doctor, que la vió nacer, y se lo pasa mal engestada y pedigueña, en el coqueto rosado lecho, desde dónde tiraniza toda la familia con antojos estrafalarios, privada de golosinas y de frutas, Bimbo tendido delante de aquella camita estrecha, que es su mundo, con los amorosos ojos fijos siempre en su dueña querida, no solo olvida el propio apetito, sino desdeña el alimento que otros le brindan.

Si la bulliciosa morenita alegre y juguetona, corre entre las plantas floridas y los frondosos árboles de su huerta, quien como Bimbo es habil para jugar al escondite? Y si se trata de ocultar un pañuelo, hay acaso otro mas travieso gallo galguero y gentil caballero?

Elvira lo ha declarado á su primo Julian con arrogante franqueza.

«¡Mas me gusta jugar con Bimbo, que con tramposos!»




Bien lo sabe el agudo perrillo; y cuando los primitos en constante paz armada, que nunca dura dos días, conciertan alegres y misteriosos alguna partida; el king charles no les pierde de vista un segundo y con oído atento y ojos inquietos, sigue los movimientos de los niños sin pestañear; parece beber sus palabras.

«Diantre de perro! Esclama el no muy atico Julian, vigoroso muchachon de once años, que hace derramar mas de una lágrima á su preciosa primita. «Parece que adivinara lo que te quiero decir».

Rie Elvira; y Bimbo que lee en las miradas de su dueña, como el antiguo Caldeo en la boveda estrellada, salta agil jugueton sobre sus rodillas, y con sonrosada lenguita devora á caricias á la bella Morenita.

Elvira no solo quiero mucho á su perrito; la admiracion que entre sus amiguitas despierta su bello favorito, es grata muy grata á su vanidad infantil; y de continuo repite con enfatico



decir: «Tengo el perro mas lindo de Buenos Aires!»

Bimbo es Ingles, todo los mas Ingles posible y la prueba de ello la tiene el publico sospechoso, en que el precioso king charles fué regalado directamente á la mimada Porteña por un Embajador Británico, como nuestra de simpatia y admiracion. Pretenden las maliciosas lenguas que aquel Britano era un astuto diplomático, que no desdeñaba medio ni chico ni grande, para llevar á cabos sus fines intrincados. Todo cabe en lo posible y aquí no hace al caso, investigar *porqués*.

De lo que no abrigo duda, es que Bimbo preferia con mucho, su vivir actual, en lo que llamaremos el circulo privado de la vida, á la agitada existencia diplomática, que llevaba cerca de su primer año; y digo mal, que el distinguido Baronet habia recibido al precioso king charles á su partida de Inglaterra, como memoria viva y simbolica, de una bella lady, que de esa suerte pretendia imponer su




recuerdo al elegante émulo de Metternich. Ya hemos visto que la dádiva pasó á otras manos.

Que habrá sido del recuerdo! Y á propósito de recuerdos, los de Bimbo no remontaban mucho mas allá que la aristocratica rubia lady, la cual muy pequenito lo compró en el strand, á uno de esos bien surtidos mercaderes de animales finos, tan abundantes en ese paraje.

Poco ó nada sabe el bien nacido king charles de sus antecedentes; pero se siente noble de raza y esole basta. Es lastima, que en la humana grey, la nobleza de la estirpe no pueda reconocerse de una manera infalible, ya por lo achataado de la nariz, ya por lo negro del paladar, ú otros signos seguros; de esa manera habrian algunos desengaños, es cierto, pero menos quiproquos. Y quien sabe lo que en ello ganaria la necia humanidad!


Entre sedas, terciopelos y costosas pieles, pasó el ñatito Bimbo sus dos primeros años y luego en tapices y cogines diplomáticos, donde oyó mas de un grave, trascendental coloquio, que



debo reconocer no apreció en extremo el king charles ; ya porqué los hombres den á esas cosas una transcendencia que no tienen y que los perros desdeñan, ya por faltarle al desasosegado perrillo la protuberancia adecuada. Asi vivió el bello Bimbo hasta llegar á los torneados brazos de la preciosa Elvira, que fué desde el primer instante muy de su agrado.


Nada echa de menos el venturoso favorito; por el contrario, se halla mas á sus anchas con la inquieta morenita de ocho abriles, que con el profundo, estirado pichon de Embajador ó la evaporada lady de abultado chignon y portentosa cola.

Elvira corre, salta, rie, pasea como pasean los niños; y esos paseos, oh ventura! En nada se asemejan al lento rodar de un suntuoso ocho resortes, en el cual se exhibe en Hyde Park dia á dia en majestuosa inmovilidad, una de las reynas de la *season*. Salir á paseo con su nueva ama, á la plaza del Parque ó del Retiro, recorriendo libremente las



alegres calles, ya á pié ya en el democrático trenvia, dónde todos lo festejan, es dicha que está mas en armonia con los gustos del king charles. Asi quien le gana en perspicacia y ligereza! El sombrerillo coqueto de su alegre dueña, aún no está todavia bien atado sobre sus negros rizos, y ya Bimbo, alerta como centinela avanzada, plantado en la puerta de calle espera á su niña con ojos relucientes, orejas inquietas y batiente cola.

Las amiguitas de Elvira, que son muchas, festejan y acarician al perrito á porfia; y cuando salen de paseo en grupo bullicioso y animado, se detienen infaliblemente delante de la primer confiteria que hallan á su paso, para regalar al mimosillo con doradas plantillas ó sabrosas lenguitas de gato. Bien lo sabe el picaruelo, y por mucho que reconocerlo me cueste, no deja el muy goloso de pararse sin remedio, en todas las confiterias, en actitud espetante, con la nariz al viento y erguida oreja. En la confiteria del Gas, en la del Aguila es muy conocido; y asi que llega precediendo siempre á sus dadivosas com-



pañeras, los alegres mozos lo reciben con un «Ah perrito mimado» que Bimbo comprende y retribuye ajitando espresivo su colita.

¿«No temes que te lo roben?» pregunta la traviesa Juanita, à su prima Elvira.

Bimbo que parece comprender la cruel pregunta, salta sobre las rodillas de su dueña y viene zalamero à colocar su hociquito humedo debajo de la barbita con pocito de su idolatrada niña, fijando en ella tan amorosos ojos, que Elvira lo estrecha entre sus brazos exclamando. «Bimbo se escaparia, no puede vivir sin mi»!

El king charles con un ladridito prolongado parece responder à esa esperanza alhagadora y la morenita besa frenetica al perro fiel.

«Mamá Bimbo està enfermo» observa un dia tristemente Elvira. «Tiene las narices calientes y no toma el resto de mi leche». Que será» «No será nada» responde la mama!

«Bimbo duerme mucho» Mamita agrega Elvira en la tarde tristemente «se estremece à cada



instante, se queja. ¿Que será? y la dueña cariñosa va de continuo inquieta y pesarosa á mirar à su favorito, que con pesado sueño y agitada respiracion se mantiene inmovil desde el medio dia, sobre el sillón cercano al lecho de su ama.


Llegan los primos en la tarde y el robusto Julian que trae un abultado paquete debajo del brazo, dice riendo à su prima «Como es dia de tu santo, mira lo que te traigo; éste no ha de darte trabajo» y tal diciendo descubre un perro dogo, que sin hacer movimiento alguno, ni dar la menor señal de impaciencia, se deja quitar con ejemplar compostura, las cintas y papeles que le cubren de pies à cabeza. El asombro de Elvira y de sus amiguitas no puede describirse. Tocaban el perro con repeticion, lo examinan de un lado y otro, con esa minuciosa escrupulosidad de la infancia, à la que nada escapa, y no aciertan à esplicarse el porque de aquella inmovilidad, de aquel juicio.

«Que perfeccion! es de loza!»! Esclama Elvira abrazando al amarillo dogo y lleva su en-



tusiasmo, hasta plantar un sonoro beso en la frente negruzca y fría del imparable perro. Aparece en ese momento arrastrándose penosamente el enfermo king charles, y lo primero que ven sus ojos afebrados, es aquel rival dichoso, acariciado tiernamente por su ama idolatrada. Pero su pena es de cortodurar. Elvira percibe á Bimbo y casi á riesgo de romper al bien imitado dogo, lo arroja de improviso sobre un sillón y corre presurosa á estrechar en amoroso abrazo á su king charles. El corazón del celoso se dilata; y como de costumbre acaricia con lamiditos repetidos el rostro fresco y sonrosado de su dueña. Pero qué pasa, aquella lengüita ardiente y reseca, parece rugosa hoja de Otoño.

Julian coloca el primoroso dogo cerca de la ventana, declarando que todos van á creerlo vivo y con malicioso retintín agrega: «Ahi, quieto señor doguito, sin moverse, ni ladrar ni. . . .
..... para ejemplo de perros curiosos, inquietos, fastidiosos y en-



fermos. Y tal diciendo lanza una mirada espre-
siva al king charles que tan mal quiere.

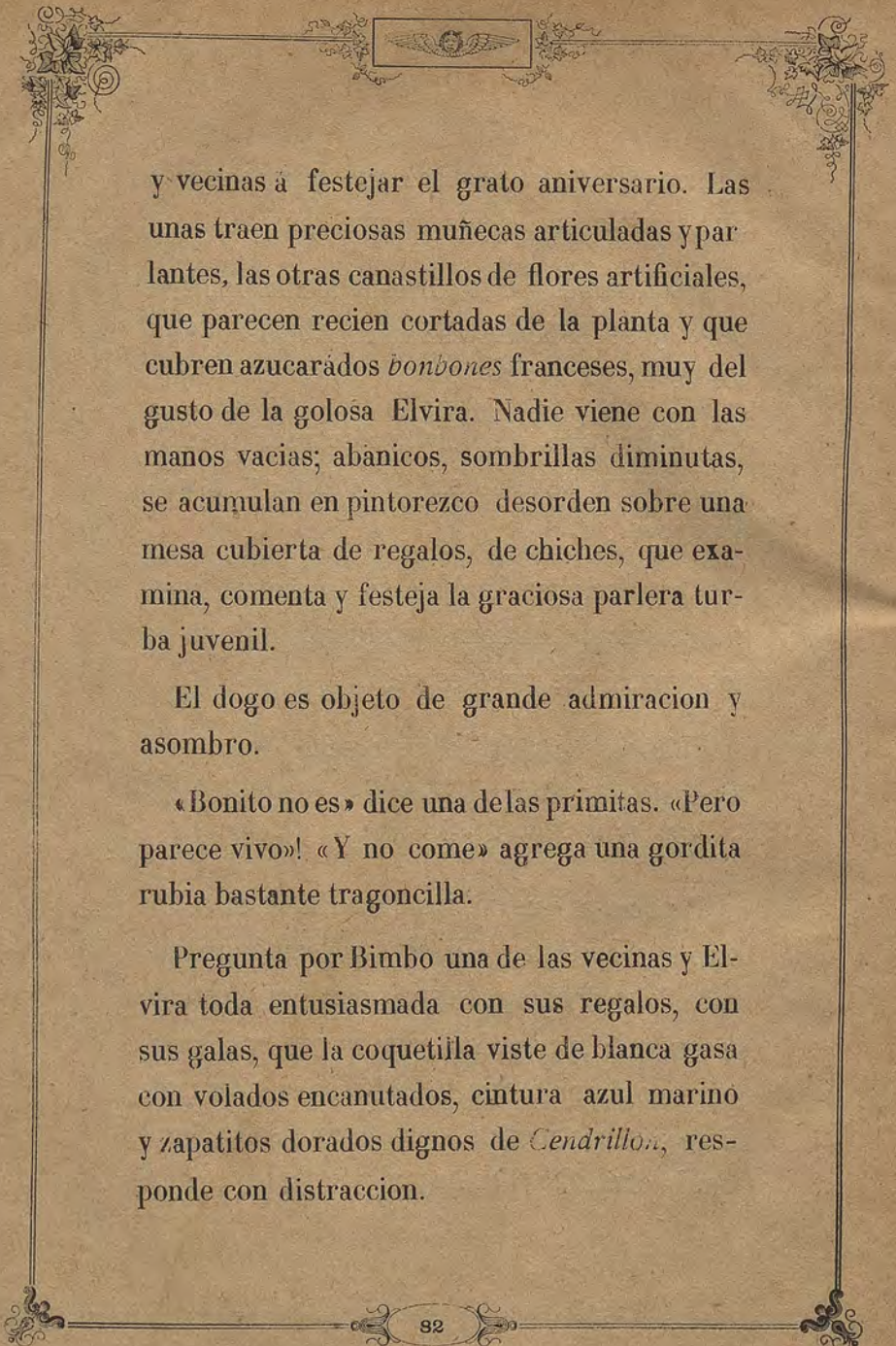
Los pasantes miran curiosos al bien imitado
dogo y se detienen exclamando «Que mara-
villa»!

«Bimbo mio», dice Elvira à su perrito ama-
do. «Porque tienes la naricita caliente y las pa-
titas frias?»

Mira afectuoso Bimbo à su dueña y le res-
ponde con aquella tierna y profunda mirada de
los perros, que tanto espresa.

«Bimbo. La seda de tus orejitas está opaca
y pegajosa» y Elvira besa la cabecita febril del
abatido king charles repitiendo «Porque?»

Pero no es ilusion, Bimbo no huele bien. El-
vira se sobresalta y fija en su favorito una mi-
rada investigadora, sospechosa, casi hostil; é
inconciente la niña deja caer de sus rodillas al
mimado perrillo, que va rodando pesadamente
como cuerpo muerto, debajo de un sofá, donde
queda olvidado. Van llegando amigas y primas




y vecinas á festejar el grato aniversario. Las unas traen preciosas muñecas articuladas y parlantes, las otras canastillos de flores artificiales, que parecen recién cortadas de la planta y que cubren azucarados *bonbones* franceses, muy del gusto de la golosa Elvira. Nadie viene con las manos vacías; abanicos, sombrillas diminutas, se acumulan en pintoresco desorden sobre una mesa cubierta de regalos, de chiches, que examina, comenta y festeja la graciosa parlera turba juvenil.

El dogo es objeto de grande admiración y asombro.

«Bonito no es» dice una de las primitas. «Pero parece vivo!» «Y no come» agrega una gordita rubia bastante tragoncilla.


Pregunta por Bimbo una de las vecinas y Elvira toda entusiasmada con sus regalos, con sus galas, que la coquetilla viste de blanca gasa con volados encanutados, cintura azul marino y zapatitos dorados dignos de *Cendrillon*, responde con distracción.



«Bimbo creo que está enfermo!» Debajo del sofá tirita en tanto el desdenado favorito, devorado por la fiebre, destrozado por la envidia y por agudos celos. Las niñas rodean al amarillo dogo de ojos redondos, fijos y cabeza negruzca; lo festejan á porfía, lo tocan primero con timidez y recelo y luego lo alzan en brazos, lo mecen y lo declaran *una monada*. ¡Ai! del misero olvidado debajo del canapé! Pero la copa de amargura aún no desborda.

El travieso Julian comienza á llamar á «Bimbo! Bimbo, y el misero animalillo, en el cual la obediencia pasiva es una segunda naturaleza, estira con dificultad sus miembros entumecidos y sacudiendo un torpor invencible, trata de arrastrarse hasta su cruel enemigo. Mil punzadas acercadas hieren el cuerpo del king charles, como si lo cubriera una capa de ortigas.»

«Como se rasca Bimbo» esclama el malicioso primo: ¿«Mira Elvira — si estará sarnoso? Horror! Aquella palabra llena de espanto á



las alegres niñas, que huyen despavoridas en bullicioso tropel.


Bimbo se rasca, se destroza como un desesperado, y sus ojos rojos, vidriosos lanzan fuego.

Las chicuelas han huido presurosas al jardín; el desdichado king charles oye sus alegres voces y aquel pobre corazón de perro, que siempre hizo eco al gozo de sus amiguitas, se oprime dolorosamente.

Elvira recordando de repente el olor extraño, que al besar à su perrito sintió, esclama con ironía cruel, que recuerda el «cet age est sans pitie» de Lafontaine.

«Apuesto niñas à que mi doguito no se ha de poner sarnoso, como Bimbo.»

Rien las locuelas en coro y tomándose de las manos, rodean al apacible dogo, que parece fijar en ellas sus ojos inmoviles con espresion severa. La ronda catonga se interrumpe de re-



rente, que una de las primas mayores esclama con cierta gravedad:


«La sarna se pega»!

El espanto se pinta en los juveniles semblantes, callan las niñas. Elvira, como herida por pozoñosa zaeta, arroja un grito y corre á refugiarse en los brazos de su bella Mamá, que aparece en ese momento en el jardín.

«Mamá, Mamá mía» esclama sollozante la voluble Elvira, «Bimbo está sarnoso y acabo de besarlo».

Calma la madre amorosa á la aterrorizada niña con caricias, con razones, y la palabra del doctor Sanchez, el oraculo de la familia, que se halla presente por fortuna, pone fin al triste incidente.

«La sarna del perro no es contagiosa» dice el buen discipulo de Esculapio con gravedad; y su piadoso embuste vuelve la paz al conturbado espíritu de Elvira, que corre á anunciar la fausta nueva.




Las chiquillas hablan todas á un tiempo, rien, se abrazan, que en esa edad el gozo es siempre expansivo y los interrumpidos juegos van de nuevo á empezar con mayor brio.

«Hum dice una ñanita escéptica de ocho abriles «Yo por las dudas no me acerco mas á Bimbo.»

Aquellas palabras fueron la sentencia del desventurado king charles.

Un sirviente mal entrazado, de esos seres que no penetran nunca en los salones dorados, en los retretes perfumados y que sirven en las casas de familia para esas faenas disgustosas que tanto preocupaban al buen Fourrier en la distribucion equitativa del trabajo en su falansterio, fué el encargado de ejecutar la sentencia, que la ingrata dueña dejó caer de sus labios de rosa sobre el antes tan amado favorito.

No fué ésta tan sangrienta, como la de la ofendida Reyna doncella al saber la traicion de su bello Leicester. Pero si Bimbo no fué sen-




tenciado á muerte, el destierro no es acaso algo que mucho se le parece?

Con angustiosos ojos velados por lagrimas, que no sé si brotaban del corazón del pobre Bimbo ó del virus ardiente que devoraba su cuerpecito delicado, contemplaba celoso el king charles desde un rincón, al inmóvil amarillo dogo de ojos redondos. Bimbo lo creía tan perro como él y como tal susceptible de amar y ser amado. De ahí su envidia, sus celos; que hombre ó perro no se encelará jamás sino de aquello que cree capaz de responder ó apreciar el afecto que inspira.

La inmovilidad de esos parpados relucientes, esa actitud correcta, fría producen en el animal afebrado horrenda pesadilla vertiginosa. Bimbo quisiera no mirar al odioso dogo; no puede, una fuerza irresistible le obliga á devorarlo con avidas miradas. El exceso del sufrimiento arranca de su garganta seca un ahullido lamentoso que repite por tres veces.

«Si estará rabioso» dice el ejecutor del cruel




decreto; que para las inteligencias vulgares del hombre del pueblo, todo mal en la raza canina debe forzosamente ir acompañado de un poco de rabia.

«No quiero tocarlo» agrega el prudente quidam, y en vez de llamar afectuosamente al bien aprendido king charles, echa bruscamene sobre la cabeza del enfermo perrito una pesada alfombra que amenaza sofocarlo y lo lleva rápidamente a precipitarlo en *carceré duro*.

«Al cuarto obscuro» habia dicho la desapiadada dueña; y en el cuarto obscuro fué arrojado el mimado favorito de ayer, tan acariciado, tan querido.


Si una mano piadosa, oh misterios de la caridad! la de una ciega, que vivia en el fondo de la vasta morada, merced á las bondades de su opulenta dueña, no se hubiera apiadado de la sed y del hambre del desvalido, la muerte habria muy luego puesto un término á su angustioso penar. La anciana privada de vista, cuidó



del repugnante animalito, que cual otro Job yacía abandonado en su miseria, presa como el paciente Hebreo de asqueroso mal.

El vulgo sencillo ó profano que tanto odiaba el poeta latino, suele exclamar! «Bien vengas mal, si vienes solo»! Este temor encierra un pensamiento profundo. Pensadores como Fourier, suponén la vida humana dividida en series de dias que van formando luego grupos separados, distintos. Quien no ha observado en su vida ese encadenamiento fatal de males, que parecen como las cuentas de un collar correr los unos tras los otras, con lenta ritmica igualdad que nada detiene, hasta que terminado el grupo de dias malos, empieza otra serie á veces, oh dolor, mala tambien, á veces venturosa.


Despues de mucho reir, de mucho gozar y de no poco olvidar, vinieron las horas tristes para la suntuesa mansion; y el silencio, el sufrimiento, reemplazaron la alegria y la algazara de aquel y otros muchos dias de fiesta.



Corrieron las horas, las semanas; y una tarde vio el king charles que la puerta de su cárcel permanecía abierta, dejando entrar brillante rayo de luz. Con la esperanza siente redoblar sus fuerzas. Se sacude, estira los fatigados miembros y su sorpresa es dulce: nada le duele. Bimbo sale del cuarto oscuro, sin que nadie piense en huirle ni en impedir su paso. Su contento es grande!

Familiares le son todos los sitios que recorre dichoso, el pelado king charles, que si pudiera verse, no se reconoceria de cierto, pero no se dá cuenta del silencio inusitado que reina en la vasta morada. Cruza patios solitarios, galerias desiertas, la casa parece abandonada. El inteligente perrillo se estremece, se inquieta; su olfato le guia, su corazon le conduce. Unos pocos pasos mas y llegará al coquete aposento de su dueña que le es tan familiar.

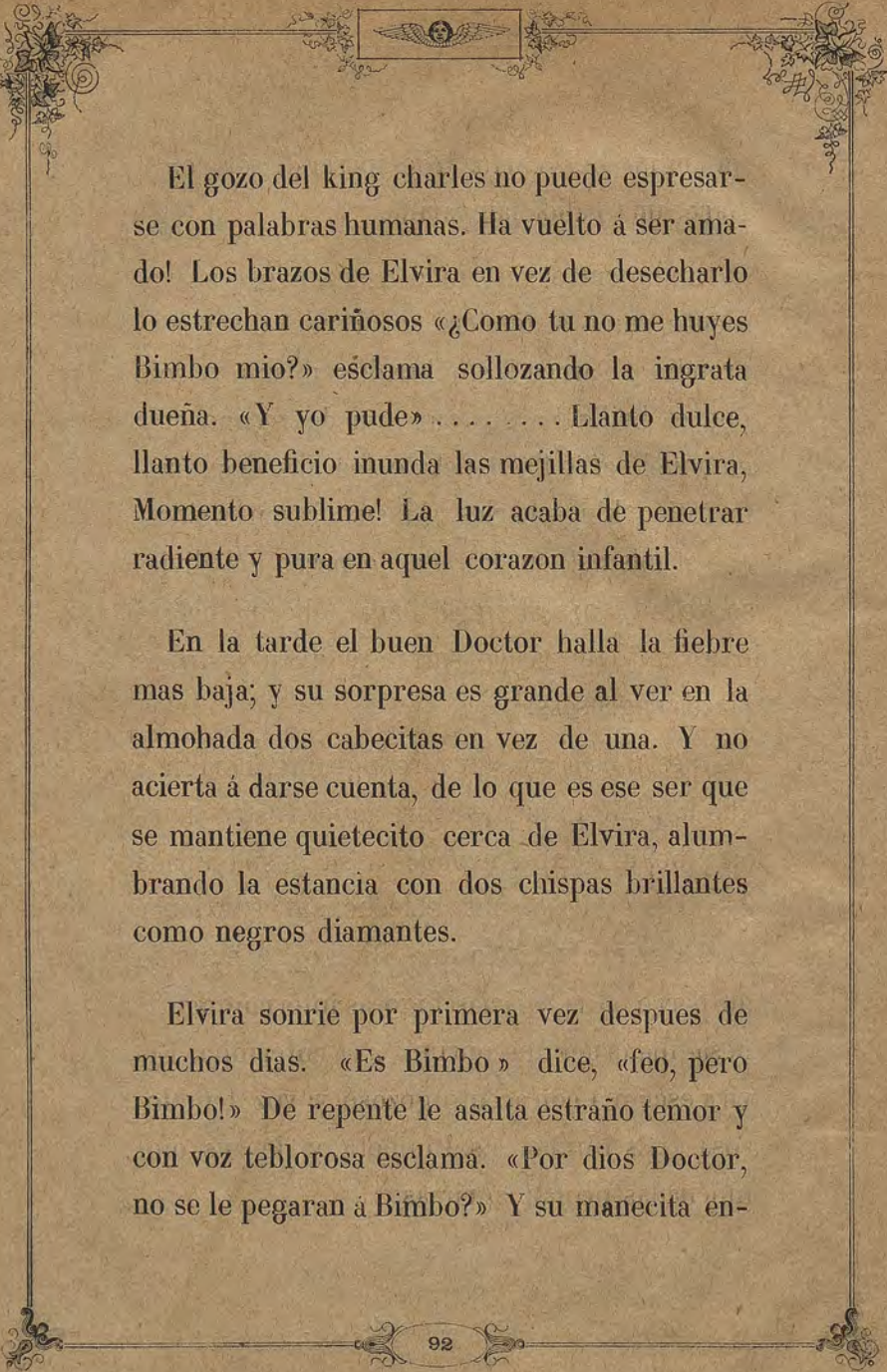
La obscuridad mas completa envuelve el estrecho recinto, los postigos están cerrados y en



un angulo del cuarto, arde apesar de ser de dia claro, una palida lamparilla.

Bimbo entra sin ruido deslizando suavemente, como si temiera sorprender ó ser sorprendido. Parece la sombra de si mismo y solo por el brillo de sus ojos, puede reconocerse en aquel perro flaco, pelado, feo, al sedoso aristocratico king charles. Ai! su corazon es siempre el mismo! su mirada de perro fiel divisa sobre la blanca almohada una cabecita pelada tambien y un rostro entumecido, cubierto de placas negruscas.


Apesar de la mascara repugnante, horrenda que la peste imprime sobre aquel rostro juvenil y bello, Bimbo reconoce á su dueña amada y salta presuroso sobre el lecho; sin reflexionar iba á decir, olvidando que Bimbo no era sino un perro. Sus caricias fogosas interrumpen la pesadilla cruel que oprimia á la enfermita. Elvira esclama con acento gozoso y voz temblorosa. «Es Bimbo! Es Bimbo!» y de sus ojos hinchadas brotan lagrimas.



El gozo del king charles no puede espresarse con palabras humanas. Ha vuelto á ser amado! Los brazos de Elvira en vez de desecharlo lo estrechan cariñosos «¿Como tu no me huyes Bimbo mio?» esclama sollozando la ingrata dueña. «Y yo pude» Llanto dulce, llanto beneficio inunda las mejillas de Elvira, Momento sublime! La luz acaba de penetrar radiante y pura en aquel corazon infantil.

En la tarde el buen Doctor halla la fiebre mas baja; y su sorpresa es grande al ver en la almohada dos cabecitas en vez de una. Y no acierta á darse cuenta, de lo que es ese ser que se mantiene quietecito cerca de Elvira, alumbrando la estancia con dos chispas brillantes como negros diamantes.

Elvira sonrie por primera vez despues de muchos dias. «Es Bimbo » dice, «feo, pero Bimbo!» De repente le asalta extraño temor y con voz teblorosa esclama. «Por dios Doctor, no se le pegaran á Bimbo?» Y su manecita en-




flaquecida, indica su carita desfigurada por la peste.

«No, Pichoncita». Responde conmovido el buen Doctor. «Veo que tienes un corazón de oro y para recompensarte te diré que ya Mamá y tus hermanitos están casi buenos.» Y el buen Esculapio dejó el aposento más conmovido de lo que pudiera suponerse en un hombre de sus años.

Es fama que Elvira fue la única de la familia que no quedó marcada de la viruela. El médico lo atribuye a su activo, tenaz empleo de depurativos, que usó no obstante sin éxito, con el resto de familia. Pero entre la servidumbre de la casa todos repiten sin sombra de duda. «Es la lenguita de Bimbo que no ha cesado de lamer y lamer, la pobre carita enferma.»

Yo no abro opinión a ese respecto, y esclamo como Bossuet «Solo Dios es grande»!

Diré para terminar, que el tiempo que todo lo cambia y transforma trocó a Elvira de fresco



boton en precioso pimpollo y que su corrazon de niña conoció mas tarde el amor por exelencia y fué amada por un mancebo bello y apasionado que con sonrisa cariñosa decia:

«Si yo pudiera tener celos de Elvira los tendria del king charles ciego y achacoso que ella pretende la ama mas y mejor que nadie en el mundo!»

¡Pobre Bimbo! Quien podrá superarlo, ni aun imitarlo!!

Buenos Aires, Octubre 12 de 1880.





